¡SUREÑOS A LAS ARMAS!

(1813-1832)

Cartas de batallas por la hispanidad en Chile

Angelo Guíñez Jarpa

¡Sureños a las Armas!

(1813-1832)

Cartas de batallas por la hispanidad en Chile

Angelo Guíñez Jarpa

¡SUREÑOS A LAS ARMAS! (1813- 1832)
ÁNGELO GUÍÑEZ JARPA.
EDITOR ARTÍSTICO: EDUARDO ROBLEDO PARADA.
ILUSTRACIONES: LUIS UGALDE.
DISEÑO: LUIS UGALDE.
ASESORÍA EN MODISMOS CHILOTES: XIMENA AGUILAR.
ASESOR REGISTRO HISTÓRICO: ANDRÉS RUGGIERI LUSSO
EDICIONES SUR DE CHILE, 2020.
1ERA EDICIÓN: AGOSTO DE 2020
500 EJEMPLARES

ISBN: 978-956-398-932-8

R.P.I.: 305.349

© ESTÁ PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE ESTE LIBRO, SU RECOPILACIÓN EN UN SISTEMA INFORMÁTICO Y SU TRANSMISIÓN EN CUALQUIER FORMA O MEDIDA (YA SEA ELECTRÓNICA, MECÁNICA, POR FOTOCOPIA, REGISTRO O POR OTROS MEDIOS) SIN EL PREVIO PERMISO Y POR ESCRITO DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT.

Angelo Guíñez Jarpa

TALCAHUANO, CHILE, 1980

LIBROS PUBLICADOS

Faros y tumores, *2005*
La vuelta al ajedrez en 90 años, 2005
Catarsis y evasión, *2007*
El ajedrez en Chile, 2009
Cancionero (2008-2013), *2013*
Un poeta en la música pop, *2017*
Próceres chilenos, *2018*
San Sebastián de Yumbel (devoción popular), *2019*

TRABAJOS COMO EDITOR

Testimonios de baja pureza, Ignacio Gallardo, *2015*
Despertares, Paulina Jarpa, *2017*
Selección Literaria de la revista "En viaje" (*1933-1973*) junto a Eduardo Robledo (sin publicar)

DISCOS PUBLICADOS

A la moda, 2012
No te preocupes, 2015
Todo se devuelve, 2015
Sara, 2016
Hijo pródigo, 2017

SINGLES CON OTROS AUTORES

Consuelo con Esteban Espinosa, *2018*
Aullido, Guardián del puerto y Secretos del cuerpo con Eduardo Agrela, *2018*

"El español que no conoce América
no sabe lo que es España".

Federico García Lorca

ÍNDICE

PRESENTACIÓN DE ÁNGELO GUÍÑEZ JARPA..... 11

PRÓLOGOS DE

EDUARDO TÉLLEZ LÚGARO 17

MANUEL RAMÍREZ ESPÍNDOLA 27

MIGUEL AYUSO TORRES 31

PATRICIO LONS 35

TOMA DE TALCAHUANO 41
(27 de marzo 1813)
Antonio Aguilar, cazadores de Chiloé

ASALTO EN YERBAS BUENAS 47
(27 de abril 1813)
Sebastián Provoste, fijo de Valdivia

RESISTENCIA EN SAN CARLOS 53
(17 de mayo 1813)
Gerardo Ulloa, veteranos de San Carlos, Ancud

ASEDIO A CHILLÁN 59
(27 de julio al 10 agosto 1813)
Segundo Monsalves, fijo de Concepción

OSADIA EN EL ROBLE 64
(17 de octubre 1813)
Raúl Sandoval, miliciano de Pemuco

GLORIA EN RANCAGUA 70
(1 y 2 de octubre 1814)
Casimiro Godoy, fijo de Concepción

DEFENSA DE TALCAHUANO 78
(6 de diciembre 1817)
Anselmo Figueroa, dragones de la Frontera

LAURELES EN CANCHA RAYADA..... 84
(19 de marzo 1818)
Segundo Cifuentes, dragones de Chillán

EL HONOR DE AGÜI 91
(18 de febrero 1820)
Estanislao Romero, veteranos de San Carlos, Ancud

MATANZA EN PANGAL..... 96
(22 de septiembre 1820)
Norberto Marín, 40 años, miliciano de Rere

VENGANZA EN TARPELLANCA..... 101
(26 de septiembre 1820)
Eusebio Arriagada, miliciano de Florida

ASALTO A LINARES..... 105
(26 de abril 1823)
Sergio Díaz, guerrillero de Arauco

MILAGRO EN MOCOPULLI 112
(1 de abril 1824)
Jacinto Rodríguez, cazadores de Chiloé

CANCIONES A CAUDILLOS Y GLORIAS REALISTAS.

Cueca a Vicente Benavides..... 121

Vals a la batalla de Mocopulli..... 122

Cueca a Antonio de Quintanilla y Santiago..... 123

¡Sureños a las armas!..... 124

VOCABULARIO 125

SUREÑOS, ¿QUIÉNES SOMOS?

Nunca he querido ocultar, camuflar ni justificar la derrota de los ejércitos y milicianos realistas en el reyno de Chile. No obstante, ya no puedo aceptar que en los libros de estudio se siga mintiendo, al borrar a los sureños e indígenas de su fidelidad a la monarquía española.

El punto nuclear de esta farsa histórica es que no hubo una guerra contra la madre patria. Cómo podría haber sido si nosotros éramos parte de España, por tanto españoles de América. Chile no era un país independiente antes de la llegada de los peninsulares para aspirar a una independencia, como pudiera ser el caso de Irlanda, respecto de Inglaterra. El pueblo chileno no existía. Éramos cristianos, súbditos del rey, como todos los pueblos americanos. No existían las nacionalidades. España como república tampoco existía.

Vale aclarar, más tarde que nunca, de manera enfática y viril los hechos acontecidos. No hubo independencias en América, sino secesiones instadas por Inglaterra, a través de logias masónicas, en la que destacó la "Lautaro".

El trato con los indígenas en América siempre fue deferente y proteccionista. Las leyes de Indias son un ejemplo único en el mundo. Sólo basta mirar, con me-

diana agudeza, a quienes tienen enfrente para constatar que no fueron arrasados como sucedió en África con las colonias inglesas y holandesas. ¿Acaso el mismo hijo del Virrey O'Higgins no fue educado con hijos de caciques? En estos tiempos, alguien se imaginaría que los hijos del presidente de turno estudien bajo la misma instrucción.

Un criollo, araucano o un huilliche en 1812 tenía los mismos derechos y beneficios de un madrileño. Por tanto, también el término "Colonias" no se ajusta a la realidad. Se puede asegurar, además, que la labor de conformar los idiomas de los indígenas americanos, que tenían una cultura ágrafa, fue gracias a la llegada de los españoles, y a las congregaciones de los jesuitas y franciscanos.

Los indígenas se alistaron por el rey porque no eran ingenuos. Sabían perfectamente que las nuevas autoridades no respetarían los acuerdos que habían logrado con los reyes católicos. ¿Acaso alguien pelea por su opresor tantos años de puro ingenuo?

La desgracia de la América española fue la separación forzada de su madre patria. Deformada de su estado original, fue balcanizada en pequeños países que pasaron a manos británicas y norteamericanas, casi inmediatamente. De cuatro prósperos virreinatos, pasamos a estas desgraciadas naciones que, siguiendo el plan de nuestros enemigos históricos, permanecen distanciadas por insistentes políticas de odio de sus gobernantes.

Entonces, nada de raro es que casi todos los presidentes de Chile hayan sido miembros de la masonería. Qué tipo de motivación habrán tenido Rondizzoni, O'Carroll, Beauchef, Miller, Tupper, Brayer y Cochrane por "liberar" a Chile después de haber combatido en las guerras napoleónicas. Dejo la reflexión.

En cambio, los ejércitos realistas de Chile, casi en su totalidad, estuvieron constituidos por criollos, milicianos e indígenas del sur. Y, no se debe olvidar, que los peninsulares apenas llegaron en forma de un par de batallones. "Curiosamente" se obvia que desde Lima también vino ayuda para las tropas realistas. ¿Alguien sabe que soldados del Perú pelearon en la gloriosa batalla de Rancagua, en 1814, collereando junto a chilotes, valdivianos y chillanejos?

Por esto, las celebraciones del Bicentenario en 2010 pasaron sin pena ni gloria. Ningún cristiano puede celebrar separaciones, muerte y destrucción. La Hispanidad es nuestra lengua y la fe, lo más sagrado de un pueblo. Por este motivo, tras 1818, en el episodio llamado "La guerra a muerte", el cura Ferrebú, de Rere, tomó las armas junto a más de mil vecinos en defensa de sus valores sacros. En el sur de Chile, tuvimos resistencia hasta 1832 con los caudillos Benavides, Picó, Seguel, Senosian, los hermanos Pincheira y los caciques de la zona de Arauco, Los Ángeles y Chillán.

Creo, firmemente, que todavía podemos volver a unirnos para proteger la Hispanidad. Con alegría, veo que todavía los niños de por acá, inconscientemente, ponen una cruz al enterrar una mascota.

Nuestros muertos de las batallas por la Hispanidad, sin bustos de bronce en las plazas, hoy saludan, mediante estas cartas para emerger del olvido. Tras 200 años pueden leerlas sus descendientes, que hoy sucumben a la propaganda gringa cibernética, pero que cada noche rezan un padre nuestro y un ángel de la guarda.

Si bien los personajes de estas cartas no son reales, las historias son verídicas y contadas por sus protagonistas en autobiografías o crónicas, como son las de Antonio de Quintanilla y Santiago y José Rodríguez Ballesteros, o las obras de Mariano Torrente "Historia de la revolución hispanoamericana" y Fray Melchor Martínez "Memoria histórica sobre la revolución de Chile desde el cautiverio de Fernando VII Hasta 1814". De esta manera, bajo la luz de la providencia, aparecieron estas cartas que la historiografía oficial, dirigida por la oligarquía, se encargó de sepultar. Lo que no sabían, en su ateísmo fanático, es que la resurrección de la memoria también existe.

Los genocidios en América, contra criollos e indígenas, partieron con las repúblicas. Como muestra...

Guerra civil 1829, Guerra contra la Confederación peruano- boliviana (1836- 1839), Revolución de 1851, Revolución de 1859, Ocupación de la Araucanía (1861-1863), Guerra contra España 1865, Guerra del Pacífico (1879- 1884), Guerra civil de 1891 y múltiples matanzas de obreros a principios de 1900.

Dios guarde en su gloria a estos trece héroes, que son nada más que unos representantes de los miles que brindaron su vida por su Dios, Rey y Tradición.

Ángelo Guíñez Jarpa
Santiago, abril de 2019.

CARTAS DE BATALLAS POR LA HISPANIDAD DE CHILE.

Ángelo Guíñez Jarpa es poeta, ajedrecista, editor, músico –de rock hasta donde entiendo- guionista y no sé si católico. Vale. Pero, es, ante todo, nativo del Biobío, que es lo mismo que decir la vieja frontera, la de las guerras aquellas, libradas y perdidas. Las de Arauco y las de independencia. Es además osado y de planteamiento iracundo. En *Sureños a las armas* viene a decirnos con desparpajo –y agradecemos ese desparpajo- que el sur chileno peleó por el rey, incluidos los *araucanos*, y en esa lucha el territorio y su gente no traicionaron a nadie. Ni a la patria, ni a la república, que no existía. En tanto fueron fidelistas y fernandistas, esto es leales a la monarquía y a su titular, Fernando VII, *El Deseado*. Estaban, sugiere Guíñez, del lado correcto de la historia. El mismo lo declara mejor que yo:

El punto nuclear de esta farsa histórica es que no hubo una guerra contra la madre patria. Cómo podría haber sido si nosotros éramos parte de España, por tanto españoles de América. Chile no era un país independiente antes de la llegada de los peninsulares para aspirar a una independencia, como pudiera ser el caso de Irlanda, respecto de Inglaterra. El pueblo chileno no existía. Éramos cristianos, súbditos del rey, como todos los pueblos americanos. No existían las nacionalidades. España como república tampoco existía.

Y luego este brulote:

No hubo independencias en América, sino secesiones instadas por Inglaterra, a través de logias masónicas, en la que destacó la "Lautaro".

Lo de Guíñez no tiene que ver con el intento de fundar una provocación. Los camorristas, particularmente los que usan la historia con fines populacheros y mercantiles (ventas y fama súbita), adoran pero no creen. Nuestro *sureño* sí. Cree, y no abjura de su creencia en la tradición, la identidad hispana y en valores que aparentemente se han perdido, y no terminan nunca de morir. Y en cosas que van, vienen y, contra mareas y temporales desechos, permanecen en nosotros, así sea como puro ideal o semilla que jamás brotará. Las llamamos rectitud, honra, apego a la legalidad, Dios, acatamiento de la autoridad bien establecida, devoción y amor por el pago que habitas (donde antes lo hicieron nuestros padres y las generaciones extinguidas).

Menos primorosamente que el autor, sus personajes lo expresan con la inocencia salvaje del combatiente voluntario: *No sé si puede haber perdón para quienes pretendan destruir al imperio que nos enseñó de "diosito" y el castellano*, dice por ahí Sebastián Provoste, soldado "fijo" de Valdivia, al referirle al padre lejano, las peripecias de la guasábara de Yerbas Buenas.

Para Guíñez, que no tiene dudas –algo riesgoso en un hombre en la raya de los cuarenta años- el panorama histórico tiene la transparencia de un cielo nocturno entrevisto desde las elevaciones de un altiplano.

La desgracia de la América española fue la separación forzada de su madre patria. Deformada de su estado original, fue balcanizada en pequeños países que pasaron a manos británicas y norteamericanas, casi inmediatamente. De cuatro prósperos virreinatos, pasamos a estas desgraciadas naciones que, siguiendo el plan de nuestros enemigos históricos, permanecen distanciadas por insistentes políticas de odio de sus gobernantes.

Antes de decirnos esto ha deslizado otro artefacto incendiario.

Un criollo, araucano o un huilliche en 1812 tenía los mismos derechos y beneficios de un madrileño. Por tanto, también el término "Colonias" no se ajusta a la realidad.

A Ángelo lo tienen sin cuidado, a lo que parece, la tromba de agravios y juramentos que, comprensiblemente, le van a endilgar los medios liberales y la crítica bien pensante. Un novelista dedicado a ensalzar a los héroes que se lanzan a sable y bayoneta calada a caer por su Dios, Rey y la Tradición, suena a reacción colonial pura. Tiene un retinte de Fiducia; un gajo que pudieron haber escrito Vásquez de Mella o Jaime Guzmán Errázuriz.

Más no. Guíñez Jarpa es apenas un *godo*, un realista tardío, al que la única teoría que le conmueve es la del ajedrez. Carece de afanes corporativistas y militantes. Lo suyo son los soldados campesinos y los sectores populares que embriagados de fe monárquica se jugaron por la conservación del antiguo régimen y lo perdieron todo, menos el honor, en la brega infame. Es nada más que un hombre, de a poco menos joven, volcado sobre un pasado regional enterrado vivo por la República. Uno que cree ver en la cruz alzada por un par de críos encima de la tumba en que duerme su mascota recién muerta un signo de resistencia y continuación.

He afirmado antes que Ángelo G. J. es novelista ¡En hora buena! En 1966 Orbe imprimió ¡Que vienen los montoneros!, de Edmundo Vega Miquel, una informada, vivaz y equilibrada narración sobre la Guerra a Muerte (merece leerse), cuyo acento está puesto en las guerrillas fernandistas de la provincia de Concepción y en la figura atormentada de Vicente Benavides, el montonero nacido en Quirihue, uno de los personajes de Guíñez. Después de ese avance prometedor no hemos vuelto a ver una ficción con base histórica y de altura sobre las luchas de emancipación en la frontera. La invención de Ángelo retoma el impulso truncado de Vega Miquel, con frescura, pundonor y (que bien suena) ¡humor! Grave comisión este de la cargar con el peso de una

rutina nacida con *Durante la reconquista*, de Blest Gana, la primera gran novela histórica de la nación.

Guíñez, versión hispanista de Liborio Brieva, nos retrotrae en 13 capítulos, asociados cada uno a una carta dirigida por los milicianos realistas a sus querencias –progenitores, hermanos, abuelos, esposas, padrinos, amistades y hasta a desconocidos- contando las vicisitudes de la guerra, desde la toma de Talcahuano (1813) a la victoria española en Mocopulli (1824), la última de cierta magnitud antes del apagamiento de la resistencia fidelista en Chiloé, todo mediante una prosa limpia, bien articulada, risueña y atrapante. Pese a la época que busca ilustrar -los "caracteres", según dicen los críticos anglosajones- Guíñez soslaya acudir al español-chileno de finales del periodo borbónico y hace contar y maldecir a sus protagonistas en un castellano actualizado hasta en sus modismos y giros idiomáticos, para cuyo entendimiento ha destinado, al final del breve texto, una tabla aclaratoria. Es el habla de estos godos convertidos en montoneros, infantes, cazadores, húsares y otras yerbas, entregados a combatir con alegría y veras y burlas a la muerte –esto muy chileno- contra los batallones "insurgentes" (patriotas, para nosotros). Fiel con las convicciones y el enfoque autoral de la obra, el escritor finca sus datos históricos, que domina sin titubeos, en los escritos del general Quintanilla, el defensor de Chiloé, baluarte español, y en el diligente José Rodríguez

Ballesteros. Presupongo que hay otras fuentes inconfesas. Con todo, que el narrador sabe la historia de lo que cuenta y recuenta, no hay sospecha.

Sureños a las armas cierra con una tanda de cuecas y valses impensables, piezas ofrendadas por este novelista sarraceno (el general San Martín hubiera puesto *maturrango*) al general Quintanilla, a la hazaña de Mocopulli, a los cabecillas y "glorias" realistas e, inclusive, para conmoción y espasmo nervioso de los buenos republicanos, a Vicente Benavides y Llanos. Pienso en qué pensaría don Tomás (Ladrón de) Guevara de este gesto folk en conmemoración de quien, aseguraba, era, por lo bajo, un loco extraviado y criminal "degenerado".

Que protesten al cielo, parece pensar Ángelo Guíñez J. El sencillamente escribe para su fe inalcanzable, resignado a la lluvia y al incienso que saldrá de los bosques de su queda provincia, en cuanto, una vez más en la vida, escampe.

Dr. Eduardo Téllez Lúgaro (*)
Facultad de Filosofía y Humanidad
Universidad de Chile.

(*) Antofagasta, 1954. Profesor de Estado en Historia y Geografía y Educación Cívica por la Universidad Católica del Norte; Magíster y Doctor en Historia, con mención en Etnohistoria por la Universidad de Chile.

LIBROS

-*Francisco Martínez de Vergara y la cacica de Chacabuco: Un capítulo del mestizaje "aristocrático" en el Chile colonial*, Edición de Memoria Chilena [dependiente del Ministerio de las culturas, las artes y el patrimonio del Gobierno de Chile, de la Biblioteca Nacional de Chile y la Biblioteca Nacional digital de Chile ,], Santiago, [Edición facsimilar digital de la obra del mismo título, aparecida en *Encuentro de Etnohistoriadores* [Osvaldo Silva G., Eduardo Medina C., Eduardo Téllez L. editores], Santiago: Universidad de Chile, Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Departamento de Ciencias Históricas, 1988 (Santiago: Andes)

-*Historia general de la frontera de Chile con Perú y Bolivia: 1825-1929,* Edición de Memoria Chilena, dependiente del Ministerio de las culturas, las artes y el patrimonio del Gobierno de Chile, de la Biblioteca Nacional de Chile y la Biblioteca Nacional digital de Chile, Santiago. [reedición digital facsimilar de la obra publicada con el mismo título por el Instituto de Investigaciones del Patrimonio Territorial de Chile, Colección Terra Nostra; n.17, de la Universidad de Santiago de Chile; impreso por Editorial Universitaria, Santiago, 1989]

-*Los diaguitas*, Universidad de Concepción-Akhilleus, Santiago, 2007.

-Historia de las relaciones comerciales formativas de Chile con Perú. Orígenes coloniales y alborada de la independencia, ORPAS-CEH - Universidad Bernardo O`Higgins, 2015.

ARTÍCULOS MÁS RECIENTES

- "Gentes y paisajes del Pacífico chileno y sur peruano vistos por un corsario británico. Relato del viaje de Tomás Cavendish desde la boca occidental del Estrecho de Magallanes hasta la rada de Arica en 1587", *Cuadernos de Historia*, 49, 2018, 223-3. ESCOPUS.

- "Morro Moreno, un viejo mapa colonial y la frontera septentrional del reino de Chile", *Cuadernos de Historia,* 47, 2017, 167- 176. ESCOPUS.

- "Gatico (Sansay), límite sur de la gobernación del Perú en el despoblado de Atacama (paralelo 22º 30" lat. Sur) según información del Virrey Francisco de Toledo (1573)", *Cuadernos de Historia,* 46, 2016, 163-175. ESCOPUS.

OTROS

"Vicente Benavides: Reacción y Devoción en el seno de la Post-Independencia Americana", en *Revista de Historia*, vol. 15, Universidad de Concepción, 2005, pp. 31-42. (En co-autoría con Manuel Ramírez Espíndola).

"Evolución Histórica de la Población Mapuche del Reino de Chile. 1536-1810", en *Historia Indígena*, Nº 8, Universidad de Chile, 2004, pp. 101-126.

"La Población Pehuenche de la Cordillera Chilena en tiempos de la Dominación Española", en *Revista de Estudios Históricos*, vol. 1, Nº 1, 2004. [www.estudios-historicos.uchile.cl]

"Los Butalmapus de los Llanos en la Araucanía", en *Cuadernos de Historia*, Nº 21, Santiago, 2001, pp. 17-36.

"El Levantamiento del Alto Biobío y el Soviet y la República Araucana de 1934", en *Anales de la Universidad de Chile*, VI Serie, Nº 13, 2001, pp. 151-175.

"La Frontera de Buenos Aires con los Indios del Sur a comienzos de la era republicana", en *Historia y Sociedad*. vol. I, Santiago, 1999, pp. 66-83.

"Espacios geoétnicos y confederaciones territoriales en tiempos de la Guerra a Muerte", en *Historia Indígena*, Nº 3, Universidad de Chile, Santiago 1998, pp. 53-76.

LOS REALISTAS: DE LA HISTORIA NO OFICIAL A LA NUEVA LITERATURA

Sureños a las armas constituye un valiente esfuerzo de Ángelo Guíñez por desentrañar la historia no contada de las llamadas guerras de independencia, cuyos relatos siguen impregnados por las lucubraciones míticas y retóricas de los historiadores decimonónicos que, tanto en Chile como en el resto de nuestra América, sentaron las bases del estudio de este periodo.

En este sentido, la presente obra no es solo un ejercicio artístico y literario en torno a uno de los momentos matrices de la historia de Chile –como ocurrió con la literatura costumbrista de mediados del siglo XIX– sino que se yergue a contracorriente de aquellas visiones tradicionales, que insisten en caracterizar dicho periodo como parte de un proceso inevitable, de cara a la construcción de los modernos estados naciones. Los relatos de Guíñez, por el contrario, establecen una operación inversa en la que los otrora asesinos, villanos y antihéroes monarquistas adquieren una dimensión positiva, al ser representados como sujetos de carne y hueso.

Es precisamente en este último punto en el que su autor se esfuerza por establecer una cierta separación con el universo historiográfico y literario de las independencias. Así, por ejemplo, las distintas representaciones que se han hecho en torno a los líderes y próceres

monarquistas –desde las crónicas de Melchor Martínez, Mariano Torrente y José Rodríguez Ballesteros, hasta nuestros días– aparecen aquí desdibujadas en función del quehacer y las vivencias íntimas de soldados, milicianos y guerrilleros. Un tema no menor –aunque ciertamente cuestionable– es la tendencia a replicar los relatos teleológicos y los discursos esencialistas heredados de la tradición decimonónica y la prosa nacionalista. De ahí la insistencia en situar a estos actores al interior de un marco político preexistente –la insurrección o la lealtad– sin tomar en consideración el elemento circunstancial que subyace tras la crisis del sistema imperial y la necesidad de entender el protagonismo de aquellos sujetos en el contexto de una cultura política en constante movimiento. En este mismo sentido, se percibe también un cierto sesgo regionalista, muy común en obras de este tipo. Así, se supone la preexistencia de dichas comunidades obviando el carácter mismo de los tejidos sociales del Antiguo Régimen, con conglomerados profundamente fragmentados, regímenes políticos concentrados en pequeñas oligarquías y relaciones de poder fundadas en dichas deficiencias y desigualdades.

Si bien estas consideraciones más complejas no constituyen los pilares centrales de un trabajo de ficción histórica, su omisión resta autenticidad al propio relato inventado. Por lo demás, habría que destacar la existencia de cientos de registros en los que personajes reales

–y todavía olvidados– registraron sus vivencias, miedos y esperanzas. Los hay de distinta naturaleza. Desde las comunicaciones oficiales, en las que los comandantes y jefes militares van dando forma a los discursos hegemónicos en torno a la guerra, hasta los epistolarios personales, en los que el deber se entremezcla con los nacientes intereses y rivalidades que trajo consigo la conflagración. Los escasos relatos de los soldados y los sujetos subalternos, frente al monopolio de la tinta por parte de los sectores patricios, ha sido siempre una constante para el estudio del periodo colonial. Sin embargo, los juicios civiles y criminales, así como los abundantes expedientes militares, forman una importante veta para conocer sus historias. En el Fondo Ministerio de Guerra, del Archivo Histórico Nacional, es posible consultar directamente varios expedientes con correspondencia civil y militar para prácticamente todo el periodo de la guerra, destacando la enorme y aún inexplorada documentación relativa a las últimas campañas, durante la llamada "guerra a muerte".

Hace una o dos décadas atrás, siquiera referirse a la posibilidad de historiar a los monarquistas era sinónimo de críticas y rechazo por una parte considerable de la comunidad de historiadores chilenos, quienes bebían y aún beben de los imaginarios decimonónicos. De ahí que, una de las consecuencias insospechadas de los bicentenarios, fue la visibilización de aquellos actores

olvidados y sus historias. De ahí que la presente obra constituya no solo un salto de la historiografía a la literatura, sino una invitación para que los historiadores desarrollen el enorme potencial que sigue ofreciendo el estudio de la guerra y sus protagonistas.

Manuel Ramírez Espíndola(*)
Universidad Católica de la Santísima Concepción, Chile

(*) Profesor de Historia y Geografía por la Universidad de Concepción (2004) y Doctor en Historia por El Colegio de México (2018). Desde 2013 es académico de la Facultad de Comunicación, Historia y Ciencias Sociales de la Universidad Católica de la Santísima Concepción. A lo largo de su carrera ha publicado diversos artículos sobre los ejércitos coloniales, las guerras de independencia y sus consecuencias en la antigua frontera del Biobío, entre las que destacan: "Huasos, frailes y soldados. El último bastión monarquista en la frontera hispano-mapuche, 1818-1823" (2010); "Ejército regular y élites criollas en la Intendencia de Concepción a fines del periodo colonial. Una aproximación desde la prosopografía y el análisis de redes sociales" (2012) y "Violencia y guerrillas durante la independencia de Chile. El sitio de Talcahuano, 1817-1818" (2014).

LIMINAR

La «monarquía hispánica», rectius la «monarquía católica», pues así era conocida, se corresponde a la Cristiandad. Quizá no a la cristiandad mayor de los siglos llamados con toda (y perversa) intención «medios». Pero por lo menos a otra de radio menor que, en el seno de un mundo no tan pequeño, quería continuar el surco de aquélla con la civilización del Barroco. Se trataba, pues, de una realidad de inequívoco signo político. La rompió, en ambas orillas de la común nación, la revolución liberal en la más oriental y en la occidental –además– la secesión deseada por Inglaterra. Quienes se opusieron a la primera fueron llamados realistas y finalmente serían los carlistas. Pero el pleito dinástico no oculta su entraña moral y doctrinal. Que quienes resistieron a la segunda no siempre acertaron a calibrar. Fue el éxito de la empresa impía el que descoyuntó la comunidad cultural y política. Sólo el tiempo fue restañando las heridas: surgió así –como término de sustitución– la hispanidad. Que, excluyendo la dimensión política, se asentó sobre profundas bases religiosas, morales y culturales. De ahí que los llamados «patriotas» continuaran siendo objeto de culto general. Y también que los «otros», los realistas criollos, fueran olvidados. Es cierto que el novogranadino Luis Corsi Otálora, el peruano Fernán Altuve-Febres o el rioplatense Manuel González

nos han dejado en los últimos decenios algunos testimonios valiosos sobre ellos. Pero el tenor general de los estudios sobre el tema sigue siendo contrario a su reconocimiento. Queda mucho terreno que desbrozar y mucho camino que recorrer. Bienvenido sea cuanto esfuerzo se sume a esta tarea piadosa. La Comunión Tradicionalista, adelantada de la herencia hispánica, junto con su brazo cultural el Consejo Felipe II, saludan pues gozosos el surgimiento de unos estudios que siempre han impulsado y que hoy comienzan a cubrir todo el mundo hispánico.

Miguel Ayuso Torres(*)
(Madrid, 1961)

*Jurista y filósofo del derecho español, catedrático de Ciencia Política y Derecho Constitucional en la Universidad Pontificia Comillas y presidente de la Unión Internacional de Juristas Católicos entre 2009 y 2019.

Entre sus obras destacan:

- La obra de Vicente Marrero vista por la crítica (Las Palmas, 1989).
- Breve, sucinta y directa relación del primero de los viajes con que alcanzaron fama el Licenciado Ayuso y el Bachiller Cayón (Tolosa, 1990).

- La filosofía jurídica y política de Francisco Elías de Tejada (Madrid, 1994).
- ¿Después del Leviathan? Sobre el Estado y su signo (Madrid, 1996).
- Estampas de Chile (Madrid, 1996).
- Koinos. El pensamiento político de Rafael Gambra (Madrid, 1998)
- Comunidad humana y tradición política. "Liber amicorum" de Rafael Gambra (Madrid, 1998).
- El ágora y la pirámide. Una visión problemática de la Constitución española (Madrid, 2000). Traducido al italiano (Turín, 2004).
- De la ley a la ley. Cinco lecciones sobre legalidad y legitimidad (Madrid, 2001). Traducido al francés (París, 2008).
- Las murallas de la Ciudad. Temas de pensamiento tradicional hispánico (Buenos Aires, 2001)
- El derecho natural hispánico: pasado y presente (Córdoba, 2001).
- Chesterton, caballero andante (Buenos Aires, 2001).
- La cabeza de la Gorgona. De la hybris del poder al totalitarismo moderno (Buenos Aires, 2001).

- Qué es el carlismo: una introducción al tradicionalismo hispánico (Buenos Aires, 2005)
- ¿Ocaso o eclipse del Estado? Las transformaciones del derecho público en la era de la globalización (Madrid, 2005).
- État en crise et globalisation (París, 2006).
- Dalla geometria legale-statualistica alla riscoperta del diritto e della politica (Madrid, 2006).
- La política, oficio del alma (Buenos Aires, 2007).
- Carlismo para hispanoamericanos. Fundamentos de la unidad política de los pueblos hispánicos (Buenos Aires, 2007).
- La constitución cristiana de los Estados (Barcelona, 2008).
- El Estado en su laberinto (Barcelona, 2011).
- Constitución. El problema y los problemas (Madrid, 2016).
- La Hispanidad como problema: Historia, cultura y política (Madrid, 2018)

POR QUÉ LOS INDÍGENAS FUERON REALISTAS Y CATÓLICOS EN LA GUERRA CIVIL HISPANOAMERICANA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

Las líneas que componen este libro son como venas ocultas en el cuerpo de nuestra historia, y que empiezan a aparecer bajo la piel de nuestras patrias. Un día, el profesor Carlos Pesado Palmieri me decía: "nadie cuenta la historia de los derrotados, pero ¿¡qué habrán sentido esos hombres y esas mujeres fieles al rey y a la unidad de América y España?! ¿¡Cuántos sufrimientos habrán padecido?!" Por eso, el mérito de esta obra es ahondar en las almas, en los sentimientos ocultados de estos bravos realistas, sometidos por los vencedores y tirados bajo la alfombra de una historia inventada, y cuyos recuerdos son el verdadero testimonio de lo que nos pasó en estas tierras. Nos ayuda a entender el hoy tan incomprensible para los hispanoamericanos.

Los pueblos, cualquiera sea su desarrollo, se sostienen por sus tradiciones, hábitos y costumbres. Los que nos antecedieron, en nuestras tierras americanas antes de la llegada de España, lograron gracias a esta, constituirse en una parte importantísima de la civilización cristiana, como firmes guardianes de sus límites en el confín del mundo. Los primeros encuentros, como pasó

siempre en la historia, tuvieron sus altercados, pero luego de conocerse construyeron durante tres siglos, un imperio americano de paz y prosperidad. Los pueblos indígenas accedieron al mejoramiento de la siembra y de cultivos, al manejo de aguas que es imperioso para pasar del estado tribal al civilizatorio. Aprendieron a escribir y a enriquecer sus lenguas nativas. Enriquecieron al castellano convirtiéndolo en español, en lengua universal. En la fragua envolvente de aquellos tiempos fue que esos pueblos liberados de las tribus más poderosas, eligieron pertenecer a esa nueva forma de ver y sentir la vida, a la civilización de Jesús, "el Dios bueno", como lo llamaban los primeros indígenas que se liberaban del despotismo sanguinario de los aztecas y otras tribus. En esos tres siglos, la monarquía católica española, que nunca se llamó imperio español, pues la fe unificaba en sus diversidades a todos los pueblos que pertenecían a ella, logró mantener una empresa imposible en un larguísimo período de tiempo, que solo se puede entender como un milagro germinado en una voluntad de acero. La unidad de estos pueblos por medio de una corona que representaba un salto en su desarrollo y una elevación espiritual, fusionó en sus almas el ethos y el tellus, el ser de sus almas con su tierra, les dio el significado final a sus vidas, les consolidó el pathos que es el entendimiento con el otro. Si hay filosofía aborigen es una heredera de Grecia y España pues esta los había integrado al mundo. Ser españoles significó para ellos entender

lo que es ser dueños de sus tierras y constructores de sus destinos. En esa claridad espiritual que había en sus vidas, un nefasto día se entrometen las nieblas de la revolución, y con ella pierden todos sus derechos. De ser dueños de sus tierras pasan a ser exiliados permanentes, perdiendo así todo señorío en el sentido completo de la palabra. Ya no tienen dominio ni de sus vidas. Por eso le decían los indígenas del sur de Chile a Charles Darwin pocos años después de la secesión de las Españas americanas: "Ud. nos ve pobres ahora, pero no era así cuando teníamos nuestro rey".

Ese es el legado de los libertadores: haber colaborado con poca conciencia política a una estrategia global y extranjera de dominación sobre nosotros. Tal vez, por eso Belgrano, Bolívar, San Martín y Aguinaldo expresaron sus pesares y arrepentimientos posteriores. Todos los habitantes de Sudamérica nos vemos sometidos al mismo poder. La banca no puede perder a Chile y a Argentina en su proyecto global; hasta esta alianza argentino-china en la Patagonia desguarnecida y con secesionismo mapuche, a ambos lados de la cordillera, manejado por Inglaterra, es en conveniencia de intereses ingleses, que (por las dudas) fortalecen su posición militar desde Malvinas. ¿Será nuestra Patagonia y el sur de Chile monedas de cambio entre las potencias?

Nos midieron el ataúd a todos los pueblos hispánicos en los Siglos XVIII y XIX y lo vuelven a hacer en el XXI.

En Asia se comercializaba con nuestra moneda, hasta que desaparecimos como imperio y fuimos sustituidos por la libra inglesa que se quedó con el mercado asiático y nosotros con la pobreza disfrazada de libertad. ¿Ahora se ve más claro por qué llevamos dos siglos de retraso con escasos y honrosos períodos de lucha por nuestra dignidad? ¿Entendéis por qué no debemos olvidarnos de aquel 2 de abril de 1982, pleno de dignidad nacional, donde las únicas naciones que nos apoyaron en la guerra de las Malvinas fueron de origen español como Perú, Guatemala, Bolivia, Ecuador, Paraguay, Panamá, Venezuela y cientos de militares españoles que se ofrecieron de voluntarios? ¿Entendéis que si nos damos cuenta de que somos 600 millones de compatriotas, hijos de la Madre Patria, podríamos construir una potencia? Ahora se entiende por qué se trabaja tanto en destruir a nuestra identidad y cuál debe ser nuestro accionar. Malvinas alguna vez pertenecieron a la Capitanía de Chile, y esta a su vez al reino del Perú, y abastecían las islas desde el puerto de Maldonado, provincia de Montevideo. Por eso, debemos dejar de mirarnos como extraños y la recuperación de estas islas debe ser una gesta conjunta de la hispanidad. Y a partir de ella reconstruir nuestro poder como estados hispánicos confederados. Nuestras fronteras son solo imaginarias y alimentadas por un chauvinismo revolucionario. Este libro es una noble bisagra para abrir los corazones de chilenos y argentinos, y de ambos con los otros estados que alguna vez confor-

maron el virreinato del Perú, para volver a vernos como hermanos, como compatriotas que somos por el legado que compartimos y por los enemigos que todos juntos debemos enfrentar.

La mayoría de los indios eran realistas leales, porque confiaban más en sus pactos de reino a reino, que en las promesas de los criollos. ¡Y no se habían equivocado! Las consecuencias nefastas de la revolución están hoy a la vista.

"Que este libro nos ayude a entender mejor el origen de nuestros males y sirva para sentar un entendimiento entre los pueblos hijos de la Madre Patria".

Por Patricio Lons

(Docente, periodista y columnista en numerosos programas de televisión, articulista y conferencista dedicado a la historia y director del portal de historia **patriciolons.com**)

TOMA DE TALCAHUANO

(27 DE MARZO 1813)

Querido hermano:

Le escribo para contarle que hemos tomado Talcahuano con cierta facilidad. El mentaó almirante Pareja es buen jefe, y los soldados valdivianos son bien paleteados. Lo mejor fue que tuvimos pocos heridos entre los chilotes, aunque tampoco es fiesta esta cosa de la guerra.

Todos esperamos que este lio termine pronto, por lo que quiero pedirle que cuide de mis animales y de mi viejita que apenas anda. Dígale que estoy bien y que no se preocupe por mí. Intentaré mandar plata cuando pueda aunque se ve desordenada la cosa.

No sé, querido hermano, cómo llegamos a esta situación. Desde el Parlamento de Quilín de 1641, los acuerdos con los caciques sureños formaron nuestra raza. Mitad español- mitad huilliche, levantamos ciudades en este indómito sur del mundo, pero la junta de gobierno de 1810 abrió la puerta a quienes escondieron el puñal en sus abrazos. ¿Llegará la sangre al río separando a hermanos?

Eso pensamos... ¿Se acuerda? Bueno, le cuento que ya pasó.

Como no sé si está enterado del origen de esta guerra, repaso algunos hechos. En vísperas de la primavera de 1810, malas nuevas llegaron de Santiago. Con el rey Fernando y el Papa católico presos por los franceses, algunos encopetados santiaguinos se arrancaron con los tarros y se hicieron con el poder. Desconocieron su sangre, la voz de su madre, y la cuna que aún se mece. Nosotros, siempre fieles al cascarón, convertimos hasta las herramientas de trabajo en armas como obligación sagrada. Es increíble, pero el mal fruto es capaz de matar al árbol y hasta a las mismas raíces.

El Virrey Abascal, desde Lima, advirtió a los traidores la desolación que traería la guerra. Sin embargo, los hijos del vocal De la Carrera hicieron un golpe a la junta en 1811. Criados con leche de burra, entraron a revolver el gallinero y armaron a sus peones para llevarlos a la leva al sur. Así, el nuevo gobierno marchó a hostigar al bastión más fiel de la monarquía. Mientras avanzaba la tropa de langostas, el Virrey mandó al almirante Pareja a detener a los insurgentes y a pregonar la paz en el reyno.

El almirante desembarcó en San Vicente el 26 de marzo de 1813 con cuatrocientos cincuenta veteranos –donde vengo yo– y ochocientos voluntarios de Castro, más una brigada de artillería de seiscientos soldados de Valdivia. Nos formó en la playa de caleta Lenga y en acto de suprema nobleza intimó humanidad a los rebeldes con este discurso que pude anotar y quiero compartir con usted...

Soldados:

Ya están vencidas las dificultades y molestias del viaje. Todo lo ha allanado vuestro ardor y constancia; y estando ya vosotros reunidos en este sitio, es tiempo de principiar a ejecutar lo que os anuncié en Valdivia. El feliz éxito de tan noble y atrevida empresa depende principalmente de la puntualidad y observancia de los preceptos de vuestros oficiales. Prestad, pues, una ciega obediencia, en cuanto concierne al servicio, porque sin ello no podréis jamás sentir las inefables emociones del triunfo. Sobre el campo del honor que estáis pisando habéis de recoger los lozanos laureles que han de inmortalizar vuestros nombres en los fastos de la historia de esta América. Dentro de muy pocas horas se manifestará la senda porque debéis marchar. Creo que los penquistas se rendirán con docilidad a mis insinuaciones de paz, y entonces habréis alcanzado una victoria tranquila y apacible, sin que las lágri-

mas humedezcan vuestras mejillas ni la sangre de los hermanos tiña vuestros reconciliadores aceros. Pero si para tormento de mi paternal amor se obstinasen en desatender mis insinuaciones, ¡qué teatro de calamidades y desastres prestará a sus ojos la venganza! Soldados: moderad por ahora los ímpetus de vuestros pechos marciales, y no desesperéis de que se restablezca el trono de la equidad y justicia por los medios de la moderación y mansedumbre que he adoptado al presente; y cuando la necesidad precise a echar mano de la fuerza, no peleéis sin acordaros de que en los campos de batalla resplandecen con mejor brillo las virtudes de los héroes, y economizad en cuanto sea posible la sangre preciosa de vuestros hermanos, parientes y amigos.

Almirante Pareja.

Regar con sangre hermana esta tierra está fuera de los campos de Dios. El almirante Pareja exigió rendición pero sólo recibió vientos de guerra. Al grito de ¡Viva el rey!, nos tomamos el puerto de Talcahuano defendido por el coronel De la Sota con doscientos cincuenta soldados que apenas ofrecieron resistencia. Y, por suerte, la razón iluminó al sargento mayor Jiménez Navia quien se pasó a las fuerzas realistas con ochocientos soldados de línea.

¿Qué tipo de súbditos saquean al rey en su ausencia?

Vimos como las huellas de cureñas arañaron los ríos de la tierra del copihue. Soldados con botas y ojotas asistimos al llamado de nuestro rey. A pura pala, picota, puñal y lanza, enlazamos a rosarios. Escapulario al cuello, no dudamos en embarcar al continente para defender el honor del sur. Aunque quede un solo chilote habrá voluntad de pelear. No soportaremos que se ofenda nuestra fe, la tierra que nos ve nacer y morir, en dolor y gloria, en amor y eterna fidelidad a la madre patria.

Su hermano que le recuerda
Antonio Aguilar, cazadores de Chiloé
Talcahuano, 28 de marzo 1813

ASALTO EN YERBAS BUENAS
(27 ABRIL 1813)

Querido padre:

Ruego se encuentre con buena salud, usted y todos por allá en la casa, y le escribo para contarle lo ocurrido esta madrugada. Espero que reciba esta carta y quede tranquilo ya que las noticias cambian en el camino. Y como creo que no podremos enviar muchas cartas a Valdivia, le daré detalles de lo ocurrido. Le escribo rápido porque tenemos mucho que organizar.

Acampamos cerca de Linares un día antes del asalto que nos hicieron. El general Pareja quería asustar a la junta secesionista que estaba a orillas del río Maule. Éramos casi cuatro mil soldados realistas con unos veinticinco cañones. Veníamos en marcha forzada, día y noche, toda la tropa proveniente de Chiloé, Valdivia, Concepción y Talcahuano.

Pasábamos las noches contando historias, jugando al naipe a la carga de la burra y al tontito, ese juego que tanto le gusta a usted. Recuerdo esas tardes, cuando era chico, y usted hablaba de los abuelos con el tío Roberto, tomando mate ence-

bado y comiendo sopaipillas, y yo los miraba con tanta admiración y cariño. Nunca es tarde para decirle estas cosas. Nadie tiene comprada la suerte y después de este enfrentamiento como que pienso distinto.

Ninguno de los soldados de mi tropa tenía ánimo de pelear, de hecho, pocos de los milicianos habían disparado un arma. Mirábamos pasar al almirante Pareja como una imagen religiosa y pedíamos que Dios le ilumine y que pare la guerra.

No sé si puede haber perdón para quienes pretendan destruir al imperio que nos enseñó de diosito y el castellano. Mi idea es volver luego a Niebla, ya que recuerde que mi señora está por mejorarse de guagua y lo hará abuelo por segunda vez. Esperemos que en esta ocasión el crío venga más fortachón que el Pablito que casi se hizo angelito al par de meses de nacido.

Bueno, le sigo contando. A las tres de la mañana, cuando gran parte del campamento dormía bajo una niebla espesa, nos asaltó un regimiento de seiscientos insurgentes. Esta acción suicida fue un error, pero no desconozco el coraje de los nortinos. Pude ver como voltearon un cañón y dispararon a las carpas, en el total caos de nuestras tropas que corrían pa todos lados. La masacre fue terrible ya

que, en las tinieblas, nos terminábamos disparando entre nosotros. La única seña era gritar ¡Viva el rey!

Nos cayeron como avispas, como espíritus diabólicos sedientos de sangre y horror. En la total oscuridad de la batalla, cayó prisionero nuestro comandante de artillería, Berganza. Además, intentaron robar un par de cañones, pero con la llegada de la aurora los dejaron tirados. La claridad les informó que habían cometido un error fatal y corrieron como ratas pa´l monte.

Mateo Loyola, teniente de los veteranos chilotes, se hizo de un cañón y pudo pegar desatando gran mortandad en el bando enemigo. La artillería fue auxiliada por el regimiento de caballería de Rere que estaba apostado a una legua al norte, en camino al río Maule. Al mismo tiempo, pudieron apresar a doscientos soldados separatistas que fueron arriados al puerto de Talcahuano.

Los oficiales Quintanilla y Ballesteros los corretearon y pasaron por sable a quienes opusieron resistencia. Los asaltantes, en veloz huida, llegaron a las nueve de la mañana a las orillas del Maule donde los esperó la primera división de Luis Carrera.

El enemigo perdió a cuatrocientos sesenta de sus seiscientos soldados y de los nuestros cayeron ciento cincuenta.

A la mañana siguiente, todo fue reprimendas entre nuestros oficiales y guardias. Se quemaron los finados en grandes hogueras, dieron responsos los curitas y se recuperó armas y munición de quienes pasaron a mejor vida.

Mientras caminaba entre los cuerpos, separando a los valdivianos con mi gancho Sepúlveda, me llamó un oficial para que ayudara en el hospital. Mi labor fue la de asujetar fuerte a quienes tuvieron que amputar.

Los gritos de dolor, la sangre negra y espesa en el piso, los chirridos de los huesos, creo que jamás sacaré de la mollera. Intentaba pensar en mi perro Chuto, en su bote a remos que debo pintar, y asujetaba como perro de pelea. Sin embargo, cuando me gritó pidiendo ayuda nuestro vecino Fernández pude espabilar. Estaba en una camilla, con cinco balazos en su cuerpo y la cara media deforme. Intenté que no le cortaran una pata pero de un combo en el hocico me tiraron afuera de la carpa.

Ya sé que lo peor de esto es quedar herido. Espero que mi general Pareja les saque la cresta luego y se termine todo esto. El enemigo debe entrar en razón. Siempre hay que darle una oportunidad al perdón, como dice usted.

Al abandonar el campo de batalla y avanzar, los chilotes se negaron a cruzar el Maule porque el trato con ellos fue pacificar Concepción y no quieren más guerra. Como decía mi viejita, se añora solo lo que se pierde y eso ahora es la paz.

Su hijo que lucha por el rey
Sebastián Provoste, fijo de Valdivia
Yerbas Buenas, 27 de abril de 1813

RESISTENCIA EN SAN CARLOS
(17 DE MAYO 1813)

Querida abuela:

Le envié esta carta al cura Benito para que se la lea. Por favor, ponga harta atención para que no tenga que repetirle mucho. Le cuento que estoy bien y que salimos vivos del ataque que sufrimos en San Carlos. Ahora, estamos en Chillán esperando órdenes.

Para que entienda bien, le voy contando en orden que nos pasa por estos lados. Llueve harto fuerte en San Carlos, aunque no como en Chiloé, pero estoy bien alenta´o. Acá es más frío y con un viento más porfiado que chiquiñiño. Estuvimos atrincherados con nuestro almirante pal gato de enfermo de tos. Se movía, a duras penas, dando instrucciones en una camilla hecha de puras ramas. Por esto, él mismo puso de nuevo jefe a José Francisco Sánchez, nacido en Galicia, del batallón veterano de Concepción. Bien picados quedaron los otros jefes con mayor grado que el negro Sánchez, pero el almirante sabía lo que sabe el diablo por viejo.

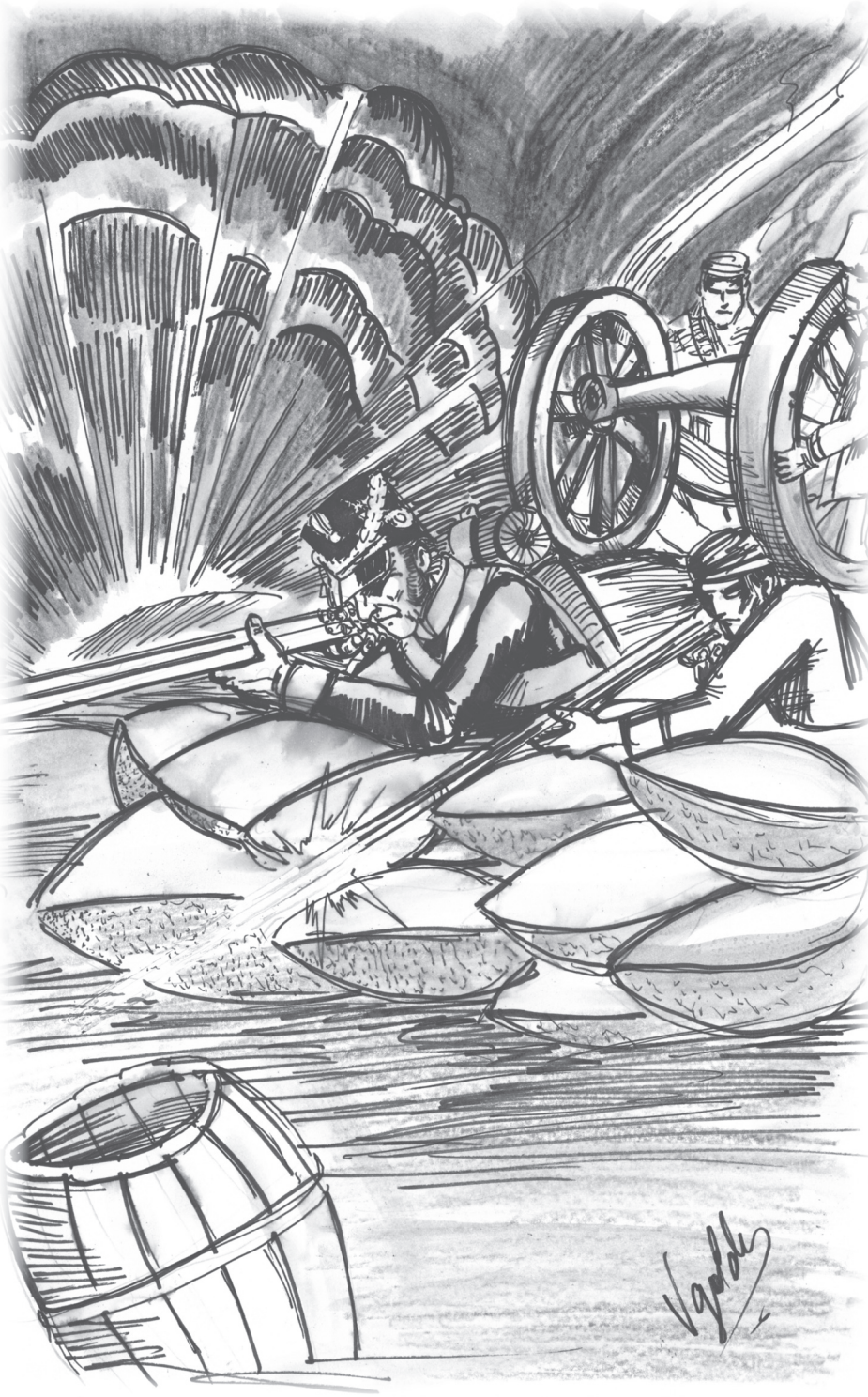
Sánchez formó a la tropa en rectángulos para arengar y dar instrucciones. La artillería se integró a las distintas compañías con sus veintisiete cañones y comenzamos a preparar la defensa y a reconocer las armas.

El ejército de Carrera nos atacó bajo un invierno siempre fiel al rey, el cual no les dio tregua a sus tropas que aguantaban el chaparrón a duras penas. Éramos unos ochocientos soldados contra unos diez mil insurgentes mal organizados por sus líderes novatos.

Daba lástima verlos, cómo se les desarmaban las cureñas de los cañones o cómo los movían a pulso de un lado a otro sin sentido. Vimos claro el poco cariño que le tenían a la tropa los jefes enemigos. Acá, el jefe Elorriaga hasta aprendió a cocinar chapaleles y come con nosotros en el mismo ollón.

En pleno combate, nos informaron que la tercera división asomaba sus garras con O` Higgins. Este es un nombrado hacendado de Los Ángeles e hijo del antiguo Virrey, don Ambrosio. Usted que siempre ve bajo el agua, ¿cree que su padre intuyó esta traición pa` no reconocerlo como su vergüenza?

El ataque de la caballería enemiga, a fuerza de carabina y lanza, la barrieron nuestros valientes val-



divianos. Pasadas varias horas, no había parlamento al horizonte. Nos íbamos quedando sin provisiones y se nos venía la noche. Empecé a rastrojear bala por bala entre los heridos y muertos, y un vigía me contó que el grupo de chilotes que desertó fue reconocido y fusilado en el acto por los rebeldes.

Esta matanza animó la moral para vengar a nuestros vecinos. En eso, pude ver al jefe Quintanilla ensangrentado en el piso, y como un sargento le sacó su chaqueta y reloj. Más tarde lo vi, como por milagro, que había sobrevivido, aunque su rostro quedó desfigurado y sordo de una paila.

Pasaba el tiempo y no recibíamos noticias de nuestra caballería que estaba buscando municiones en Chillán. Por suerte, la infantería de Carrera, entre caballos encabritados que habían perdido sus jinetes, comenzó a desertar.

El sitio nunca se cumplió ya que no pudieron rodearnos. Ellos fueron los sitiados por el viento, la lluvia, el hambre y las decisiones incorrectas de sus cobardes generales. Qué distinto a los nuestros. Nunca olvidaré al almirante Pareja, esquivando metralla, para dar aliento a la tropa y levantando los espíritus caídos.

La artillería de Berganza esta vez no fracasó y vengó su vergüenza de Yerbas Buenas. Con la batalla en

el máximo ajetreo, la segunda división enemiga atacó a la bayoneta en un acto criminal de sus jefes. Pude ver el asco de nuestros fusileros al batir a estos bravos que fueron enviados a la muerte segura. La misma suerte tuvo el batallón de zambos, de los Infantes de la patria, a quienes lanzaron como carne de cañón.

Al final de la lucha, vimos que los fusiles de los separatistas no funcionaban por la lluvia que mojaba al caer y al rebotar.

Al atardecer, el jefe Sánchez envió a mi grupo en contrataque a la bayoneta tras frenar a la caballería. Debería haber visto a su nieto (usted también padre Benito) sablear como buen hijo de su crianza. Llegamos a volar, botándolos de sus caballos, a los cuales tratamos de no herir como bien me ha enseñado usted.

Terminado el día, contamos a cinco muertos en nuestras filas y los de Carrera perdieron al menos cien, pero no desistían de su cañoneo a nuestra resistencia.

En reunión desesperada del alto mando, el comandante de Valdivia que estaba re priva´o rehusó de parlamentar argumentando que tenía un hijo prisionero y otro herido por la causa. Llegó la noche y al vernos sin munición, el almirante Pareja ordenó huir aprovechando la oscuridad.

Dejamos antorchas puestas y fogatas para engañar al enemigo, y emprendimos la retirada en las narices de la guardia de Carrera. No advirtieron la treta hasta la madrugada, cuando empezaron a seguirnos, sin éxito, hasta el río Ñuble.

Tras rearmarse, el enemigo emprendió camino a Talcahuano donde saqueó las casas por su fidelidad al rey. Muchos penquistas buscaron refugio en Chillán donde hoy, 21 de mayo, falleció el almirante Pareja. Él fue un héroe en Trafalgar, un hombre justo y leal que buscó la paz, pero vio la aurora del infierno de nuestra guerra civil.

Su nieto que reza por usted
Gerardo Ulloa, veterano de San Carlos, Ancud
Chillán, 21 de mayo 1813

ASEDIO A CHILLÁN
(27 DE JULIO AL 10 DE AGOSTO 1813)

Amado hijo.

Con la alegría de haberse calmado el zumbar de las bombas, le escribo antes que vuelva el tronar. Casi todos los días trato de escribir, y envío todas las cartas que puedo con la esperanza que llegue al menos una a sus manos. El correo es especial botín para los guerrilleros de ambos bandos.

Me gustaría saber cómo le va con la sastrería. Debe estar difícil la cosa. Espero que se le ocurra ir al regimiento para hacer uniformes o banderas. Lo que sea, pero debe trabajar y mantenerse ocupado.

Ya bien sabe que esta vida es dura y no hay tiempo pa` quejarse. Desde que falleció su madre, hemos sabido afirmarnos bien en los temporales, y esta u otras guerras no nos botarán. Somos españoles americanos nacidos en la ribera del río Bío-Bío, y no dividirán nuestro reyno que harto ha costado cimentar.

Recuerde siempre que su padre reza por usted. No deje de asistir a misa y nunca decaiga el ánimo. Si esto se alarga, venda los candelabros o algo de la loza de mi madre. El que no come no puede

trabajar, y recuerde que siempre debe compartir. Si puede, me escribe para saber qué pasa por allá.

Le comento lo sucedido en estos días, después de largos ataques del ejército del niño Carrera.

El ingenuo separatista, en copia calcada a San Carlos, nos sitió a su manera ahora en Chillán. Nos mantuvieron, más de una semana, bajo fuego de cañón que las casas de adobe centenario absorbieron como arena de playa. Tuvimos la suerte de contar con los padrecitos franciscanos y harto vecino penquista que se vino a refugiar por estos lados.

La tarde del día 29 de julio, comenzó el ataque de sus cañones a la ciudad. Nuestro castillo de San Bartolo respondió, se izó nuestro emblema español y se aseguró la bandera para que no pudieran bajarla.

Fueron más de diez días de temblores, humo de incendios y pólvora que costaba respirar. Ni hablar de dormir, eso era casi imposible. Nuevamente, la lluvia estuvo de nuestro lado y los rezos a San Santiago mantuvieron a los cañones del fuerte de San Bartolomé sin fallas.

En el primer ataque, los rebeldes perdieron unos doscientos hombres al atacar como chivo nuevo. Los primeros días de agosto, intentaron avanzar una barricada a cuatro cuadras de la ciudad con

Vgalda

seis cañones. Nuestro nuevo jefe, Sánchez, trató de tomarlos por sorpresa, pero no pudo hacer frente a una columna de caballería de cuatrocientos endemoniados por el aguardiente.

Se ordenó a Elorriaga y al coronel Carvallo que prepararan a su guerrilla para un ataque a pie. Partieron con gran arrojo, y al llegar a la trinchera enemiga, con las culatas arriba simulando rendirse, los barrieron. Para auxiliar a estos bravos, enviaron al batallón Valdivia con su comandante, Lucas Molina. Con el ataque más duro, llegó a reforzar el batallón veterano de Chiloé con su comandante, José Hurtado, y se pudo collerear mejor, pero la matanza fue cosa seria.

En el ataque del 5 de agosto fue herido de gravedad el comandante de Valdivia, Lucas Ambrosio Molina, quien moriría días después. Este jefe nació en Valdivia y no tenía más de cuarenta años. Una bala le atravesó la frente y cayó en el barro enterrando su espada hasta el fondo.

Pasados los días, el barro, la sangre y los cuerpos mutilados formaron una nueva especie de tierra bajo nuestras ojotas. Solo los oficiales usaban botas o quienes pudieran rescatar alguna de quien ya no las necesitara.

La falta de sueño, el frío, el humo y el cañoneo nos tenía en continuo ataque de nervios. Rezába-

mos y cantábamos, todos a coro, para pedir a Dios acabar con el fuego. Ahora, es cierto, nosotros estuvimos todos estos días bajo techo y los nortinos no tenían donde capear la lluvia.

La tropa de Carrera era muy superior en número, casi nueve mil sobre cuatro mil de los nuestros. Cuando las fuerzas ya se esfumaban en ambos bandos, una explosión en la ruma de barriles de pólvora hizo estragos en el ejército de Carrera. Ante tal desastre, nuestros fusileros detuvieron el ataque conmovidos por la mortandad del enemigo, que podíamos ver volando por los aires y abrazados por las llamas.

¿Habrán familiares nuestros en el otro bando? Me pregunté al ver cuerpos incendiados que corrían despavoridos implorando piedad. ¿Recuerda que su tío Miguel se fue hace años a trabajar a Santiago? ¿Lo habrán traído a la fuerza a enfrentarnos?

Carrera finalmente dejó el asedio, irritado por su incompetencia, el invierno y nuestra voluntad de lucha. Viva el rey, nuestra tierra, y la santa sangre de nuestro señor Jesucristo.

Su padre que espera volver pronto
Segundo Monsalves, fijo de Concepción
Chillán, 15 de agosto 1813

OSADIA EN EL ROBLE
(17 OCTUBRE 1813)

Compadre Antonio:

Cuántas lunas que no nos vemos. Le mando esta cartita ya que estoy en problemas más que graves. Le pedí al cura Anselmo que me la escriba y espero que usted se la pase a alguien de confianza pa` que se la lean. No sea tontorrón sino me saldrá el tiro por la culata. Sucede que me metí en esto de la guerra con mis huainas. El patrón nos ofreció mejor papeo y guenas aventuras. Igual yo soy agradeci´o de nuestra virgen que nos cuida de los terremotos, así que pa´ morir nacimos.

Necesito pedirle que me devuelva el chanchito que le dejé pastando hace un tiempo. Espero que no se lo haya comido no más, con lo goloso que es uste´. Por favor, llévele el chanchito a la patrona que debe estar aproblemá, ya que hace rato que no me arrimo por la casa. Pero, ya verá uste`, cuando ganemos y venga el mismo rey a ponerme mi guena medalla y me dé algún título de conde o algo así pa´ no trabajar nunca más. Cómo la ve...

¿Le habrán contado que hubo guena frisca en El Roble? Ahí estuvo su compadre ni más ni menos.

Vqulde.

Ya verá las monedas que acuñarán con mi caracho. Si ya creo que nací pa` esto. Me tinca que terminaré de general o almirante, naita menos.

Ya lo invitaré a su buen vino tinto en copa en el palacio del gobernador. Ya verá, mi compadre, cómo nos cambiará la vida. Tendremos guenas botas pa´l frío y manta de castilla. En una de esas hasta nos compramos un carruaje con sus seis pingos colora´os.

Bueno, tome aire, siéntese y le contaré lo de El Roble.

Movi´a fue la preparación de los milicianos. To´os pensábamos que podíamos atacar de a caballo pero Lantaño y Asenjo planearon un ataque sorpresa a pie. A mí me ordenaron guardar cartuchos para balas, piedras de chispa, fusiles, sables y monturas para nuestros caballos. Los jefes nos formaban y hacíamos pruebas de cómo atacaríamos, daban instrucciones del uso de cuchillo y también del lazo. Los escuchábamos calla´os pero después nos reíamos ya que no pueden tratar de enseñarle a volar a los cuervos. Acá nacimos arri`a de los caballos y jugamos de chicos a lacear a cuanto bicho se nos cruza por delante.

El generalito Carrera dejó Concepción y, en camino a Chillán, llegó con ochocientos hombres al

paso de El Roble. Nuestro jefe, Sánchez, en Chillán, decidió ir a encontrarlos con sus mejores guerrilleros (donde iba, adivine quien... su compadre). Carrera acampó en un lugar gueno pa´ nuestro ataque. Estaban cubiertos de árboles, con barrancos en las cercanías, y una colina en la orilla de la laguna Avendaño. ¿Conoce la laguna?

Pa` coordinar el ataque, Urrejola pidió a los soldados de Olate que encendieran fogatas y tocaran, con la banda de guerra, toda la noche pa´ distraer al campamento enemigo. Así, partí por la noche en un grupo al mando de Lantaño y Asenjo, que atravesó el río Itata hasta refugiarnos en la ribera sur, al oriente de los insurgentes, como les dicen.

En la madrugá del 17, dejamos nuestros caballos amarra´os en una la´era del río y avanzamos a pie, en total silencio al mando de Urrejola, junto a trescientos milicianos. Nuestra idea fue llevarlos, a punta de bayoneta, hasta la otra orilla, donde Olate los remataría con doscientos cincuenta fusileros que estaban escondidos tras matas de zarzamora.

Al saltar sobre los rebeldes, se provocó un estruendo horrible de disparos y gritos de terror del enemigo al verse sorprendido. Entramos con fusiles cargados, y después les caímos a la bayoneta y

puñal, degollando a las primeras filas que recién despertaban. Vi, con el corazón re hinchado de orgullo, como unos campesinos aplastaron a la guardia personal del pije Carrera. Más rápidos que sus fusiles, corvo en mano, los pasamos a mejor vida. Nunca había degollado a un hombre, pero queríamos una guerra corta y lo hicimos notar. Ladramos y mordimos fuerte.

Por el ingenio de nuestros guerrilleros, los hicimos correr aunque eran muy superiores a nosotros en número. Pude ver, en medio de la refriega, que el general Carrera huyó perseguido por un piquete de milicianos nuestros que pasaron sobre su guardia.

Al arrancar Carrera, fue el colora´o O` Higgins quien ordenó la defensa de su artillería. La persecución del enemigo funcionó según lo acorda´o, ya que las tropas separatistas se esparcieron ante nuestro chivateo araucano que hacía sentir que éramos miles.

Deben haber perdi´o la vida unos cien insurgentes y unos veinte de los nuestros. Pero la suerte estuvo del bando enemigo esta vez, ya que por error llevamos munición de fogueo. Algún pariente suyo habrá sido el tontorrón. Al percatarnos de esta equivocación, comenzamos a irnos pa` tras para arrancar por la misma ladera en busca de nuestros

pingos. Al dejar el ataque, sentimos que ellos celebraron como un triunfo ya que sino los habríamos hecho pebre cucharea`o.

Su compadre que le recuerda devolverme el chanchito
Raúl Sandoval, miliciano de Pemuco
Chillán, 19 de octubre 1813

GLORIA EN RANCAGUA
(1 y 2 de octubre 1814)

Querida madre:

Estamos todos felices, ha habido muchas fiestas y creemos que la paz volverá para seguir trabajando por nuestras cosechas y animales. He viajado harto, hasta estuve en Santiago. Por su última carta, creo que nunca recibió las mías, que le relataban la bendita batalla de Rancagua que expulsó a los traidores del reyno. Ya estoy de vuelta en Concepción, pero esperemos que se calmen las aguas para que vuelva a casa.

Le contaré, de nuevo, cómo sucedieron los pormenores de la batalla de Rancagua. No se preocupe, no estoy herido ni nada.

Cruzamos el río Maule a fin de agosto con Elorriaga y en septiembre llegamos al sur del Cachapoal. Mi tío Eulogio formó en el batallón de Chillán comandado por Clemente Lantaño. No dejaría que los valdivianos y chilotes se quedaran con todo el crédito del triunfo. Tenía que representar a Chillán y vengar el desastre que les dejaron en agosto del año pasado. Ya sa`e como es su hermano.

Vgalde

Por el camino veía a los hombres avanzar en lotes como pájaros. Sin cansancio, caminamos en bloques y hablamos de la muerte como de un familiar. Todos unidos para borrar a los Carrera y traer una paz definitiva al reino.

Marzo de este año nos había traído hartazas buenas noticias. Lantaño había tomado prisionero al general José Miguel Carrera y a su hermano Luis; tuvimos un triunfo importante en Gomero con el capitán Leonardo Castilla, y supimos de la toma de Talca por el jefe Elorriaga.

Una noticia fea que supimos fue que el mismo Carrera despachó un decreto, el 4 de sept de 1814, para que los propietarios de esclavos los entregaran a su ejército. A quienes se escapasen, el generalito condenó a cien azotes, tres años de presidio y perpetua esclavitud para el Estado. Así fue que formó el regimiento de morochos infantes de la patria.

El día 27 de agosto, el jefe Osorio intimó rendición a los rebeldes, mediante carta llevada por el capitán Antonio Pasquel, pero éste fue arrestado por los insurgentes y enviado preso a Mendoza. No había caso de hacer entrar en razón a estos nortinos.

Y, así con la cosa, nos llegaron refuerzos desde Lima de un par de batallones veteranos de España.

Las figuras eran los Talavera, en los que el jefe Osorio tenía puesta toda su fe. De inmediato, hubo roces y hasta su combo entre nuestros soldados milicianos y los peninsulares recién llegados. Esta es nuestra guerra -les dijimos. Si quieren ayudar, muchas gracias, pero llevamos un par de años luchando pa´ que sepan. Hubiera visto sus uniformes, mamita querida, se habría desmayado de la impresión. Demasiado elegantes para nuestras vestimentas todas rotas y manchadas de barro y sangre.

El día 1 de octubre, tipo siete de la mañana, nos formaron al noroeste de Rancagua para volver a instar a los insurgentes a rendición, pero no se oyó padre. Había llegado el momento y ya sabríamos de qué jabón sale espuma como dicen los santiaguinos.

Comenzó el avance nuestra caballería y fue atacada sin éxito por fusileros instalados en techos de unos potreros. Nuestro ataque fue en bloques, no tipo guerrilla como estábamos acostumbrados. No entendimos nada eso de ir de frente, sin buscar donde fondearse que está tan dentro de nuestra mitad araucana.

Aun así, avanzamos hasta llegar a la entrada norte y oeste de la villa, por lo que el jefe Osorio ordenó rodear la ciudad y hacer un sitio de verdad. Le digo de verdad, no como el chiste que nos hicieron en

Chillán que al final los sitió a ellos. Después de este encerrón se festejó en nuestras filas, además, buena parte de la caballería enemiga desertó.

El jefe Osorio decidió comenzar el cañoneo, por los cuatro costados, con cañoneo y ráfaga de fusilería. Después de un buen rato de fuego, hubo dos ataques con infantería pero no pudieron entrar en las barricadas enemigas. Osorio, que quería un triunfo rápido, mandó al coronel Barañao a la carga, con un escuadrón de húsares, a la trinchera sur que era la más dura defensa. Esto sonó más a castigo a buen entendedor. Mala cosa para Barañao que tenía un genio de potro, pero no arrugó. Se le paró la pluma y partió donde los jefes Talaveras y dijo fuerte y claro: "Vean ustedes cómo se combate en América". Ninguna gracia les hizo a los peninsulares esta pachotada pero se quedaron calladitos.

Con lo puesto, se lanzó de frente a la metralla del enemigo, por lo que resultó herido en un muslo cuando ya había perdido a su caballo. Sus hombres, sorprendidos por el fuego intenso, se retiraban pero fueron socorridos por Maroto, Velasco y el capitán Vicente San Bruno, que vieron sobrecogidos la audacia y coraje de Barañao y sus soldados.

Pasada más de una hora de lucha, Osorio y sus oficiales iniciaron el cañoneo de las trincheras del enemigo. Momento justo en que los insurgentes

alzaron un paño negro junto a su bandera en signo que no se rendirían. Color de hormiga se ponía la cosa con esta decisión de los nortinos. Esto obligó a tomar medidas más duras contra ellos. Después de diez horas de lucha no se rendían, por lo que se decidió cortar la única acequia que llevaba agua a la ciudad. Con esto, quedaron sin suministro para los soldados y caballos. Además, no podían enfriar sus cañones ni tenían con qué apagar los incendios que aparecían por todos lados.

La mañana del 2 de octubre, participé en una avanzada apoyando a fusileros del batallón Concepción que fueron enviados contra la trinchera oeste. Nos dirigió el sargento Vicente Benavides y su jefe, el capitán, Pedro del Pino. Gracias a agujeros de los muros, pudimos barrer a los soldados enemigos que apenas se veían, ennegrecidos por el humo de la pólvora y los incendios.

Al entrar, cerca de la Plaza, nos enfrentamos a bayonetazos, corvo y cuchillo con los enemigos y pudimos hacerlos retroceder más todavía. Sus trincheras estaban repletas de muertos, y vimos que los usaban para tapar agujeros o como escaleras.

Tipo cuatro de la tarde, los insurgentes estaban casi sin municiones, por lo que usaron piedras o cualquier pedazo de metal. Tras esto, la defensa fue casi nula y algunos jefes enemigos pudieron huir

en una arremetida de caballería bajo fuego de nuestra fusilería. A lo lejos, podíamos ver las columnas que arrancaron del gran incendio antes llamado Rancagua.

Según el jefe Elorriaga, los insurgentes tuvieron como cuatrocientos finados, les capturamos trescientos y nosotros ciento diez soldados y siete oficiales muertos más ciento veintiséis heridos.

El 9 de octubre entré, junto a mi regimiento y al coronel Ballesteros, a Santiago y fuimos recibidos con vítores, flores y guirnaldas. Nunca había visto fiestoca más re linda que esta, y hasta se me cayeron unos lagrimones de emoción por los aplausos de la gente que se asomó a los balcones, o que se encaramó a los árboles para vernos. Así nos percatamos que muchos santiaguinos eran fieles realistas.

Esa noche comimos como no lo hacíamos hace meses, y hasta nos animamos a bailar por efecto del aguardiente. Era la paz, por fin, y había que celebrarlo como Dios manda. Usted hubiese hecho lo mismo. Además, tomé poquito.

Al otro día hubo misa, se bendijo a la tropa triunfante y a los heridos que eran muchísimos. A la vuelta a Concepción, nos encontramos con que seguían en fiesta, la que duró un mes entero entre festejos y procesiones.

Le puedo contar también que la goleta Mercedes llegó al Callao el 9 de noviembre con nueve banderas insurgentes capturadas en Rancagua. Estos trofeos fueron llevados a Lima para depositarlos en la iglesia Santo Domingo. Con guardia de honor, las ofrendaron a la Virgen del Rosario. Lima entero festejó nuestra victoria por la paz. Hubo repiques de campanas, banquetes y palabras re lindas del Virrey para nuestros soldados. Llegó la paz, ahora, a parchar los corazones y enterrar el odio.

Su hijo que honra su sangre
Casimiro Godoy, batallón fijo de Concepción.
Concepción, 28 de noviembre de 1814

DEFENSA DE TALCAHUANO
(6 DE DICIEMBRE 1817)

Padre querido:

Esperando que se encuentre bien de salud, lo mantengo al tanto de esta guerra. No pierda nunca la esperanza de que podamos revertir los problemas. Le cuento detalles de cómo me ha ido, y no se preocupe por mí ya que sigo igual que cuando chico, más ágil que un conejo. Igual, estoy tan flaco que las balas no me encuentran.

Llegamos con mi primo a Talcahuano después de saber los reveces de Chacabuco. Ahora comienza la guerra pa` guapos y no nos entregaremos al enemigo. Nos presentamos un par de días antes que llegara la fragata Candelaria. Venía de Lima con cuarenta y cinco artilleros y noventa infantes para la escuadra, así que el ánimo estaba muy bueno.

Conocimos al jefe Ordoñez, que no paraba de dar instrucciones, moviéndose pa´ todos lados con planos y ayudantes voluntariosos. Al par de días, nos dieron uniformes nuevos, tuvimos que afeitarnos, y conocimos a unos chilotes re buenos pa´ la juerga.

Comíamos pura tortilla, charqui, choros y pescados que salían de repente. El 23 de agosto hubo buena fiesta, y hasta nos dieron un vasito de vino o aguardiente, ya que nos avisaron que los caciques de Arauco están del lado realista. No conozco naita a esos cristianos ni he ido pa´ esos lados, pero si están con nosotros siempre es mejor a que estén con los rebeldes.

El día 25 de agosto tuvo harto movimiento. En el cerro Perales se formó todo el ejército enemigo, y por lo que comentaron eran como cuatro mil, con seis cañones, frente a los mil setecientos que estábamos esperando en nuestro fuerte. Lo que sí, teníamos setenta cañones y el apoyo del mar con la fragata La Venganza, el bergantín Potrillo, una lancha y cinco chalupas cañoneras.

Teníamos buena infantería del fijo de Concepción, Valdivia, Chillán, milicias de Rere y las de Florida. En cuanto a los Dragones, tenemos a los de La Frontera (que es donde estoy), los de Chillán y los de Laja.

El 26 de agosto me tocó estar de guardia y nos asaltaron doscientos fusileros enemigos que intentaron atacar las lanchas del morro. Nuestros cañones, y las baterías del Peral, los obligaron a arrancar quedando algunos muertos. Recuerdo ver a un ar-

tillero re nervioso persignarse después de cada cañonazo que hacía levantar la tierra.

Pasaron los días con harto ataque con granadas de parte del enemigo, que gracias a diosito no nos hacía ni cosquillas. Algunos discutíamos que deberíamos salir a cazarlos, pero los que habían peleado en el cerro Gavilán preferían no arriesgarse. Fue más de una semana de recibir estruendo. Nadie podía dormir y los ánimos andaban re caldeados.

Y como no salimos nunca, ellos se nos vinieron encima. El asalto fue en la madrugada del 6 de diciembre. Casi no hacía frío, pero estaba oscuro y había harta neblina ya que estamos al lado mismo de la mar.

Al enemigo apenas lo veíamos, pero sí se distinguía que venían en dos brigadas contra el morro. Su idea era atravesar los fosos que estaban todos inundados, donde habíamos dejado una buena empalizada para impedir el ingreso de su infantería.

Creo que pretendieron tomarse el puente levadizo para entrar al asalto, pero no anduvieron ni cerca. Asimismo, quedaron a disposición de nuestros fusileros que los remataron en el primer foso. Su caballería se apostó harto más atrás, y esperó el milagro de que bajaran el puente.

Después de un buen rato de ataque, el enemigo pasó el primer foso, o no sé si los dejaron pasar para rematarlos con los cañones de los barcos. Cuando los soldados enemigos llegaron al puente del morro, se vieron frente a un segundo foso, y otra línea de defensa reforzada por el cañoneo de los barcos y chalupas. Un verdadero infierno para ellos.

Cuando vieron su posición, comenzó la deserción de muchos soldados separatistas ya que estaban totalmente perdidos. Los fusileros se miraban para detener los disparos, pero algunos no detenían el ataque, por lo que mataron a la mayoría, con apoyo de cañones del cerro y de los barcos. Los hacían desaparecer quedando sólo manchas rojas en la tierra.

Deben haber sido unas tres horas de ataque. Cuando comenzó a aclarar, abandonaron la ofensiva en columnas que fueron protegidas por su artillería.

A mediodía, comenzamos a ordenar y limpiar los fosos. Los jefes contabilizaron como quinientos muertos del enemigo pero pueden ser más. Se amontonaron unos veinticinco trajes de oficiales nortinos que no pudieron identificar.

Eran rumas de muertos, partes por aquí, pedazos por allá. No había ningún herido, solo un

par de caballos a medio morir que sacrificamos pa´ que no sufrieran. Y cuando estaba como que me desmayaba de toda esta impresión y terrible olor, como que se me paralizó el corazón, o quizá se me fue pa´l cielo. Quizá el cucharón tiene el poder de mandarse a cambiar frente a los espantos de los hombres. Qué bueno que pueda hacerlo, ojalá mis ojos también pudieran.

Su hijo que no le decepciona
Anselmo Figueroa, dragones de la Frontera
Talcahuano, 9 de diciembre de 1817.

LAURELES EN CANCHA RAYADA
(19 DE MARZO 1818)

Querida esposa, mía:

Y yo que creía haber visto lo peor de este mundo. Ni la orilla del asunto había visto parece. Usted sabe que entré al ejército después del triunfo en Rancagua del 14, por lo que Cancha Rayada fue mi primer combate en serio.

Sucede que siempre me habían dejado en labores de guardia por un defecto de ser cojinoa. No me llevaron a Chacabuco, y en Talcahuano estuve al fondo del puerto cuidando polvorines. Por eso no vi casi na´. Estuve adentro de una bodega y sólo escuché los bombazos. Tenis la chaqueta más limpia que vestido de novia- me decían mis amigotes.

Por eso, cuando el enemigo se retiró de Talcahuano todo trasquila´o, y supe que llegaba el jefe Osorio, me dije que ya no me quedaría ajuera. Así que, hablé con un jefe paleteado de Chillán, Cipriano Palma, para que me dejara entrar en sus Dragones. Le dije que mi problema era ser cojo, pero que arriba de un caballo nadie me la gana, y me aceptó.

Había tal escándalo en el puerto, con la llegada del regimiento Burgos de España y de otros más venidos del Perú, que nadie se fijó que me cambié al regimiento de Dragones de Chillán. Nunca había peleado a caballo, pero en la mar se hace el pesca´o.

Así, partimos pa´l norte, bien confiados, después de la tunda que les dimos en el puerto. Tremendo viaje nos pegamos, pero me gustó ir mirando los cañones, los caballos, la ropa de los soldados del Burgos. Les quedaba como pinta´o. Y hubiera visto uste´ los estandartes al viento, fue cosa muy re linda. Hasta salía gente de sus casas a darnos pancito o frutas.

Estuve todo el camino entrenando en cómo afirmarme del caballo solo con las piernas. Mi idea era atacar con un sable en cada mano, mire idea pa` loca. Hartazo me dolieron las patas y la cadera pero no me eché na` a morir. Además, traje mis sables con harta agüita bendita pa´ que no me pase na`.

Lo que no me importaba na´ era que me cortaran un poco la pata derecha pa` emparejar. Una tallita no más.

Y, bueno, empezó la cueca. El día 14 de marzo avanzamos, con unos setecientos hombres, con

el jefe Primo de Rivera. Hicimos campamento en Camarico, al norte de Talca, a orillas del río Teno. Pedí cambio a la división de infantería de Bernardo de la Torre ya que los de Chillán quedaron atrás.

El día 15, vimos a lo lejos que se acercaban los insurgentes por lo que nos replegamos, junto a la infantería, en unas casas de un sector que se llama Quechereguas. Ahí disparé mis primeros tiros a los rebeldes, aunque no sé si le pegué a alguno. Deben hacer sido unos doscientos los que nos atacaron, sin éxito, y dejaron unos veinte muertos en el intento. Con esto, nos aumentó la confianza y las ganas de acabar con esta guerra lo antes posible.

Y así, pues, hasta que llegamos a una zona que le dicen Cancha Rayada, creo que por las huellas que dejan los animales. Volvimos a levantar campamento y prepararon buena comida. Hubo pancito, vino tinto y sopa caliente de carne. Bien rico estaba, con hambre todo sabe a manjar.

Por lo que cuentan los copuchentos, la noche del 18 de marzo, un vigía que estaba en lo alto de un campanario advirtió fuegos del campamento enemigo. Nuestro jefe, Ordoñez, decidió atacar pa´ cambiar el baile y que no fuera como en Talcahuano. Estábamos acampando re cerca y no nos habíamos dado cuenta. Ahí, empezó el movimiento juerte pa´ atacarlos en la madruga`.

Teníamos un gran ejército y estábamos confia´os en darles sus guenos huascasos. Se formaron los regimientos en tres columnas tipo ocho de la tarde, y se nos dio la bendición con unos treinta capellanes que andaban aleonando a los más indecisos. La columna de la derecha la dirigió el coronel Primo de Rivera, la del centro el brigadier Ordoñez y la de la izquierda el teniente coronel Bernardo de la Torre.

Los soldados que iban con Primo de Rivera describían a O'Higgins y hacían apuestas de quién podría matarlo. Dicen que es re bueno pa´ mostrarse, que es medio loco. Qué pena más grande debe sentir su taita, en tener oveja negra más traicionera.

Y, así con la cosa, sabíamos que contábamos con buena gente y refuerzos agallados. Teníamos al batallón Infante Don Carlos de Lima con novecientos soldados, Batallón de Arequipa con ciento dieciséis soldados y el Batallón Burgos con novecientos. Estos últimos se decían "siempre vencedor, jamás vencido".

En total éramos unos cuatro mil hombres, más catorce cañones. El enemigo era el doble, por lo que entendimos que la idea del asalto nos caía del cielo. Pelear en el día, frente a frente, estaba difícil. Además, ellos tenían treinta y tres cañones. La apuesta por el asalto era todo o nada pa` nosotros.

Y llegó la hora. Me encomendé a todos los santos que pude recordar, y pensé que si me tocaba morir qué haría usté y mis regalones. Avancé al ataque, en medio de la noche, en total silencio. La orden fue que disparemos sólo una vez y que la infantería siga con bayoneta y sables.

Gueno, avanzamos buen rato como en boca de lobo. No nos veíamos ni las manos hasta que vimos las fogatas del campamento insurgente.

Nos dieron la orden de formar tras la última loma que nos separaba, y marchamos, trotamos y a la carrera, mi alma. No hallaba la hora de llegar y que juera la voluntad de Dios. Esa carrera, antes del primer choque, fue eterna. Pude contar cada segundo, como quien cuenta los años en que crece un palto.

Al rato de lucha, cayó una bomba cerca y fui a dar por los aires. Como gato me paré y la peleé a como viniera. Tiré el fusil por la cabeza a un jinete enemigo, y mis sables brillaron como dos soles. Y puedo decir que la agüita bendita sí sirve, ya que cuando terminó la refriega me vi sin ningún rasguño. Apenas, un chichón en la ca´eza y unos pocos rasmillones.

El enemigo peleó en dos líneas y a la primera la hicimos pebre. Los rebeldes cayeron en nuestra

trampa y arrancaron como pumas pa´l monte. Les tomamos buenas piezas de artillería y desde lo alto les disparamos. En pleno escándalo, vi pasar al jefe Ordoñez, de pie en los estribos de su caballo, animando a la tropa.

Con la llegada del cara e` gallo, pudimos contar nuestros muertos y los que ellos dejaron bota`os. Nosotros tuvimos cuarenta muertos y ciento diez heridos. Los insurgentes ciento veinte muertos, trescientos heridos, dos mil perdidos y les capturamos veintidós cañones.

Ahora esperamos que se rindan. Me inscribo con tres mandas a San Sebastián, porque otra batalla así no es guena para nadie. El cola ´e flecha no puede dominar esta tierra de cristianos.

Su esposo que siempre le recuerda
Segundo Cifuentes, dragones de Chillán
Cancha Rayada, 20 de marzo de 1818

EL HONOR DE AGÜI
(18 DE FEBRERO 1820)

Padre mío:

Como creo que debe estar preocupado por el estado de la isla, le cuento cómo va la cosa. Espero que no se encuentre embroma´o de salud junto a mi madre, y que se acostumbren a la vida de la Patagonia. Me imagino que debe haber sido doloroso para ustedes dejar su tierra, casa, animales, familiares y amigos, pero fue lo mejor ya que la guerra está complicada.

Asimismo, espero me puedan perdonar por haber decidido quedarme en la isla. Mi compromiso con la causa del rey y el honor de la isla sigue intacto, y no abandonaré al gobernador Quintanilla, que incendió el barco en que quería huir Justis.

Como de seguro le llegarán noticias confusas, le confirmo que sufrimos un asalto al castillo de San Miguel de Agüi. Como no quiero que reciba noticias mentirosas, le preparé esta carta, explicando los hechos y mi compromiso, para que también se la lea a mi madre.

Llevamos ya siete años en esta guerra contra los insurgentes. Harta vida joven se fue al continente,

para nunca volver, a defender al rey. Van dos años en que O` Higgins y San Martín firmaron la independencia, pero nosotros seguimos siendo españoles. Sabemos que en Arauco, Chillán y Los Ángeles siguen batallando, así que es hora de ser machito.

La segunda semana de febrero, supimos que el menta´o Cochrane y un tal Miller preparaban un asalto a la isla, tras tomarse Valdivia. El pirata inglés capturó al bergantín Potrillo que venía del Perú con veinte mil pesos y municiones para Chiloé. El ejército nortino se repletó de generales europeos que pelearon en las guerras napoleónicas. Y nosotros aquí, con pocas noticias y recursos, esperamos el fin de la historia Es casi imposible resistir, pero no abandonaremos a nuestra tierra.

El 17 de febrero, asomaron a la boca occidental del canal de Chacao la goleta Montezuma y la Dolores, las que parece que no tenían artillería o al menos no usaron. La idea de ellos fue desembarcar en la playa de Chaumán, pero creo que vieron la costa protegida y recularon. Teníamos un cañón y trescientos soldados, más una compañía de refuerzo, tropas de caballería y una lancha cañonera fuera de la bahía de San Carlos.

Para probar nuestra voluntad de luchar, enviaron una lancha cañonera que disparó a nuestras fuerzas incitándonos a rendición. Tratamos de

mantenernos en pie firme, pero debimos abandonar la playa y nos replegamos a toda carrera. Ya se iba el sol y la noche era mejor compañera por si atacaban.

Y así, Guillermo Miller hizo el desembarco de sus tropas. Los formó en una columna y marcharon a paso firme por el terreno difícil del borde costero. Frente a esta situación, se dio lo que planeó Quintanilla.

Al otro día, una tropa de los insurgentes se apoderó del Fuerte de la Corona ya que estaba sin protección. El jefe Quintanilla analizó la situación y ordenó una defensa en el castillo San Miguel de Agüi. Este fuerte es el reducto más importante de la protección de San Carlos.

Pusimos vigías para avisar la llegada de la tropa secesionista al fuerte. Así, pudimos observar que sólo venían sesenta al mando de Miller. Como apoyo, teníamos a una lancha cañonera reforzando la defensa. Poco o nada pudo hacer el enemigo, frente al primer cañonazo que mató al menos a veinte. Además, les dejó muchos heridos, incluido su jefe. Hicieron una embestida sin estrategia y cayeron como moscas.

Gran alegría se desató en el fuerte. Los soldados se abrazaban y los frailes dirigieron cantos de agradecimiento a nuestro patrono. Después, supimos que la columna que no llegó al ataque se había perdido en la noche. Al fin y al cabo, todos se devolvieron a sus barcos al amanecer.

Nuestro jefe ordenó no perseguirlos para majarlos como perros. Era mejor dejarlos volver, todos averiados para que cuenten que acá hay ciudadanos leales, y no sólo gente parada sobre un pedazo de tierra flotante.

Dios guarde a usted muchos años más
Estanislao Romero, veteranos de San Carlos, Ancud
San Carlos, Ancud, 19 de febrero de 1820

MATANZA EN PANGAL
(23 DE SETIEMBRE 1820)

Amigo desconocido:

Esto de la guerra ha cambiado demasiado nuestras vidas. Tuve que dejar mi casa y poco o nada he sabido de mis vecinos. En Rere tenía buena plantación de maíz y una huerta re milagrosa. Ahora sólo tengo esta muda de ropa, mi fusil, la causa del rey y pura fe.

Perdí todo pero no me arrepiento. Confío en la virgen y en mis oraciones. No somos asesinos, somos jinetes del señor, aunque a veces la sangre nos nubla la piedad y la misericordia. La lucha a cuchillo es pa´ guapos y gana siempre el más vivaracho. Meses luché junto a los hermanos yumbelinos, Juan de Dios y Dionisio Seguel, el primero fusilado después de El Quilmo en septiembre del año pasado.

Lo bueno es que contamos con ayuda de hartos dueños de fundos que nos cooperan. Cuando no hay escaramuzas o asaltos, debemos recolectar alimento y vender gana`o. Igual hacemos asados y jugamos al naipe. Hay hartos que tocan la guitarra y hacen coplas re entreteni`as.

Sigue al mando Vicente Benavides y como lugarteniente Juan Manuel Picó. Benavides es de

Quirihue, y Picó es un comerciante español que viene de Huasco. Tenemos unos dos mil valientes repartidos por la región y suficiente munición. Lo que me tiene aburrido es que ya empezamos a desconfiar de posibles delatores, y todos se andan mirando medio raro.

El día 18 de setiembre pasamos el Bío- Bío con cuatrocientos jinetes con un calor que caían los patos asados. Durante la marcha, el jefe Ferrebú, que es cura, me pasó un crucifijo para llevarlo en alto junto a la bandera de la cruz de San Andrés. Eso me dio hartazo orgullo, ya que se lo pasaba a sus regalones no más.

El 19 acampamos en la hacienda San Cristóbal, cercana a Yumbel, y por fin pudimos echar los huesos. Por el 20, rondamos la ribera norte del Laja y hubo un tiroteo fuerte en Yumbel con tropas enemigas que arrancaron a los pocos refregones. Sabíamos que andaban por estos la`os los jefes enemigos, Benjamín Viel y Carlos O'Carroll, con unos quinientos soldados y dos cañones.

El 22 de setiembre, acampamos a orillas del pajonal, El manzano, al oriente de Yumbel. La madrugada del 23, nos tiroteamos con fuerzas de O'Carroll por lo que el jefe Picó ordenó movernos a Pangal. Ahí, nos llegaron de refuerzo trescientos fusileros y hartos araucanos con lanzas.

En Pangal se dispuso el choque que ambos jefes enfrentaron de manera diferente. Picó formó a nuestra tropa en doble fila y O` Carroll en una sola y larga línea. No tuvimos tiempo pa´ pensar y quizá fue mejor. Los nortinos atacaron primero con ráfagas de fusilería y dos cañonazos. Nuestro jefe Zapata entró, gracias al humo de la fusilería, por el flanco derecho y atacó a los cazadores de José María de la Cruz. Les pasó como rastrillo por arena.

Nuestro ataque rodeó a sus fuerzas de infantería y artillería, y barrimos hasta con los que soltaron sus armas. Los años de guerra, los rencores y odios nos han cubierto de ira. Los araucanos los persiguieron cerro arriba y dejaron ensartados con sus lanzas.

Nuestros jinetes se lanzaron sobre sus pares de O`Carroll que esperaban la orden de su jefe parados como espantapájaros. Por eso, huyeron en su mayoría, aunque algunos dieron pelea muriendo sobre sus caballos. Es difícil recordar detalles de una batalla. Sólo me acuerdo como, junto a otros milicianos, botamos a un par de jinetes para pasarlos por cuchillo en el suelo.

Los desorganizados cazadores de José María de la Cruz, además, fueron sorprendidos por la retaguardia por nuestra caballería que resultó sin muertos. Los granaderos de Viel también fueron

rodeados por el escuadrón de Ferrebú, quienes con lanzas arrojaron a mejor vida a los enemigos.

Fue, por lejos, la matanza más grande y rápida que hemos dado. En pocos minutos, los destrozamos con favor de Dios y la virgen. Nos transformamos en una especie de corral con sables y lanzas para el enemigo que no pudo escapar.

En pleno combate, O` Carroll fue laceado por el capitán Alarcón quien lo llevó donde Picó. Nadie escuchó sus plegarias y rápidamente se le fusiló con cuatro soldados. El enemigo, en pocos minutos, perdió a trescientos soldados y tomamos a veintitrés prisioneros, sin contar a los que huyeron junto a Viel.

Por mis cercanos, murió el capitán Zorondo y fue herido "el Cayumanque". Le decían así porque es alto como el cerro de Quillón. Los vecinos de Rere están todos intactos, gracias a Dios.

Esta guerra se pone más cruel y ahora, tras haber dado muerte a O` Carroll, el aguacero vendrá peor pero que le hacen un par de pulgas más a un quiltro.

Su amigo más desconocido
Norberto Marín, miliciano de Rere
Yumbel, 24 de septiembre de 1820

VENGANZA EN TARPELLANCA
(26 DE SETIEMBRE 1820)

Querida madrina:

Espero poder ir pronto a verla. Cuídese harto de esa tos que le oí la última vez, y pierda cuidado por mí que ya volveré a comer sus ricos pancitos amasados. Le cuento que seguimos resistiendo, con favor de Dios, pero no va fácil. Lea esto para enterarse y después quémelo.

La mañana del 26 de setiembre, encontramos a la tropa enemiga del mariscal Alcázar en el sector del Puente Perales, en uno de los vados del río Laja, en dirección a Yumbel. El viejo Alcázar, de 67 años, es un conocido de la zona y especial enemigo de estas tierras. Venía marchando con el Batallón de Cazadores de Coquimbo, más cuarenta y cinco artilleros, doscientos indígenas y cerca de mil civiles.

Al ver nuestras tropas, dirigidas por Vicente Benavides, de dos mil trecientos, compuestas de milicianos y araucanos, el enemigo retrocedió y se aprestó a combatir. Hicieron una formación de cuadro y en sus ángulos pusieron dos cañones. Quedaron como en una islita que formaban los ríos. Instalaron parapetos, con bagajes y monturas

de caballos, para proteger a sus fusileros. Las mujeres y niños quedaron dentro del cuadro. Les dio miedo dejarlos afuera, ya que el rapto y cobro de rescate es práctica frecuente de ambos bandos.

El fuego empezó antes del mediodía y duró hasta el anochecer. Los enemigos hicieron todos los tiros de cañón que tuvieron hasta que quedaron sin artillería. Nuestros araucanos arrojaron cientos de flechas y lanzas hasta que Benavides pidió rendirse al viejo Alcazar.

Pasado el asedio, nuestro jefe Bocardo subió una cuadra y media por el río, con parte de la tropa, para cubrir la huida del enemigo. Vicente Antonio Bocardo y Santa María, coronel nacido en Concepción y lugarteniente de Benavides, era una especie de toqui cristiano de los pehuenches, como Benavides de los costinos, y los caciques Mariluan de los llanistas y Mañil Bueno de los huilliches.

Deben haber sido al menos unas doce horas de fuego intenso de nuestra milicia y araucanos mandados por el cacique Mañil. A las dos de la madrugada del día 27, el enemigo firmó su rendición frente al comandante de milicias, Felipe Díaz de Lavandero. Inmediatamente, separamos a los soldados enemigos, a los que pasamos al ejército realista, y saqueamos sus pertrechos.

Los guerreros del cacique Mañil al parecer tenían temas pendientes con los de Angol y Santa Fe, aliados del enemigo, ya que los masacraron a todos a fuerza de lanzas en un vado vecino.

El traidor, Alcázar, que había sido capitán de dragones del rey, fue juzgado como tal junto a sus diecisiete oficiales del batallón Coquimbo. El 28 de setiembre fueron llevados a la hacienda de San Cristóbal, en las cercanías de Yumbel, donde fueron asesinados a sable, lanza y balazos. El cacique Catrileo fue el primero en lancear a Alcázar.

En menos de una semana, el enemigo perdió a dos altos oficiales de sus filas. En la tropa conversamos contentos pero preocupados, y apenas creemos estas victorias. Si pudiésemos cazar a Freire tendríamos una gran oportunidad de negociar. Resistimos al acecho, con los dientes apretados y el corvo bajo el poncho, para restituir la monarquía y la cristiandad.

Su ahijado que no se olvida de uste´
Eusebio Arriagada, miliciano de Florida
Yumbel, 29 de setiembre de 1820

ASALTO A LINARES
(26 DE ABRIL 1823)

Padre querido:

Espero que entienda y disculpe mis tres años de no dar señales de vida. Quizá ha pensado que estaba muerto, pero no me atreví a escribirles porque el enemigo podía capturar la carta y tomar justicia contra ustedes. Ya sabe que nos han declarado bandidos. Como se lo prometí, sigo luchando por la causa. Por favor, siga diciéndole a mi madre que trabajo en Valparaíso para evitarle sustos. Hace un par de días tuvimos un buen triunfo, que le quiero aprovechar de contar, ya que de otro modo es difícil que se entere.

Antes que cuente este asalto a Linares, por la tropa fiel a los hermanos Pincheira, quiero recordarle cómo ha sucedido la guerra últimamente.

Establecimos las guerrillas por Chillán y Parral desde el año 18 hasta el 22, pero después hemos hecho algunos asaltos al norte del río Maule contra la autoridad de Santiago. Han sido muchos los enfrentamientos. Atacamos Chillán el 20, con apoyo de los antiguos vecinos realistas, y desde ahí nos

han demonizado por la prensa y acusan de bandoleros sin ley.

Los líderes de mi guerrilla son los hermanos Pincheira, todos hijos de don Martín. Son cuatro hermanos y dos señoritas, todos comprometidos con la causa del rey. Ellos son: Juan Antonio, Santos, Pablo, José Antonio, Rosa y Juana.

Esta familia es natural de Parral, al norte de Chillán. Desde 1817 comenzaron su fama, sobre todo cuando el mayor de los hermanos, Juan Antonio, peleó como cabo realista en la batalla de Maipú.

No se me debe olvidar lo importante que han sido los párrocos de estas tierras en la lucha contra los insurgentes de Santiago. El cura chillanejo Ángel Gatica, Juan de Dios Bulnes de Arauco, Luis José Brañas de Yumbel y Juan Antonio Ferrebú de Rere han sido determinantes en dar recursos y apoyo a nuestra guerrilla.

Además, debo comentar que existen muchos guerrilleros en lucha contra Santiago y todos de corazón realista. Entre estos caudillos cabe mencionar a Juan Bautista Espinoza, capitán de los Dragones del Rey, los artesanos Agustín y Francisco Rojas, Manuel Contreras, jefe conocido por prohibir saquear y dar muerte sin su autorización, el capitán

Vgalde

Gervasio Alarcón y Manuel Pinuer Molina, jefe de Valdivia que ha estado en armas desde 1813.

Otro importante apoyo que tenemos es del gordo bonachón de Pablo San Martín de Chillán, por las quebradas de Diguillín. El mismo, junto al penquista Camilo Lermanda, se hizo cargo de una aldea con mil ciudadanos realistas de toda la región. Su buena y noble gente les dio brava pelea a las tropas de Pedro Nolasco Victoriano en 1820.

En Chillán y sus alrededores, se han sumado a nuestra bandera al menos cinco mil vecinos, los cuales se fueron a refugiar a Los Ángeles. Dentro de ellos, contamos incluso a las monjitas de la Trinidad. Asimismo, otros grupos de vecinos de la provincia se han desplazado a Arauco, Tucapel y Valdivia. Lo mismo pasó en Yumbel y Santa Bárbara.

El 23 de febrero del año pasado, tuvimos la horrible noticia de la muerte de nuestro caudillo más querido, Vicente Benavides, oriundo de Quirihue. Ingenioso era el negro, tanto que hasta acuñó monedas con su nombre y el lema "Guerra a muerte". Finalmente, el bravo Benavides fue juzgado y colgado en Santiago. Tras bajarlo de la horca, lo mutilaron frente al gentío santiaguino que gozó con la función. Su cabeza y piernas fueron exhibidos en

las plazas del sur por meses y el resto fue incinerado en el llano de Portales.

Este Benavides había peleado, junto a su hermano Timoteo, en Maipú y fue capturado por los insurgentes. Tras unos días, ambos hermanos fueron fusilados y Vicente rematado con un sablazo en el cuello. Milagrosamente, gracias a la Virgen de las Mercedes, como el mismo contaba, se salvó de las terribles heridas, aunque quedó con el cuello chueco para el resto de su corta pero gloriosa vida.

Me he extendido en esto, querido padre, porque debo dejar testimonio que nuestra lucha no ha sido ocasionada por simples y vulgares bandoleros.

El asalto a la villa de Linares lo hicimos el 26 de abril. La idea era atrapar munición y armamento, además de castigar al gobernador, Dionisio Sotomayor. Salimos muy tarde el día anterior para caer sobre Linares en la madrugada. Hicimos un grupo, con los mejores cien jinetes, para el ataque donde por suerte me eligieron. Conseguimos suficientes fusiles, pistolas y sables, más nuestros corvos que jamás abandonábamos.

Hasta que llegó el momento de gatillar el ataque. Decidimos ir de frente a la gobernación y tomar por sorpresa a los guardias. Para nuestro asombro, habían hecho una trinchera y nos dieron una

bienvenida con ráfagas de fusiles que derribaron a algunos jinetes. Rápidamente, les caímos con los caballos sobre su defensa y fueron pasados por sable.

Esta guerra infernal nos tiene a todos convertidos en bestias al momento de luchar. Si uno pega fuerte el otro quiere pegar aún más duro, por eso los asesinatos se superan de lado y lado y parece de jamás acabar. Ya le hemos perdido la sorpresa al hecho de disparar o degollar a un soldado enemigo. Nos da más lástima pasar a pisar un bicho.

Tras una hora de corridas por el pueblo, nuestro grupo dispersó a los soldados y tomamos prisionero al gobernador y a los dirigentes Jacinto Novoa, Pedro del Campo y Santiago Pincheira Tapia.

Nuestro caudillo, Juan Antonio Pincheira, les obligó a entregar documentos del gobierno y a que abrieran las arcas de la gobernación. Tras esto, fueron llevados amarrados a la plaza y se procedió a degollarlos.

Se advirtió a los vecinos que no salieran de sus hogares, y se saqueó la casa del gobernador. Todo el ataque demoró menos de una hora y media. Abandonamos Linares para esconder lo que robamos y enterrar a nuestros cinco camaradas muertos.

Espero que Dios interceda y que su reino vuelva
a mandar en estas tierras que han perdido la razón.

Su hijo que volverá con laureles de gloria de la restitución
Sergio Díaz , guerrillero de Arauco
Talca, 29 de abril de 1823

MILAGRO EN MOCOPULLI
(1 DE ABRIL 1824)

Querido padrino:

Tanto tiempo sin saber de usted. Espero que su familia esté disfrutando de muy buena salud en Chillán. Cuénteme, si le es posible, cómo va la guerra por sus tierras y cómo se las han arreglado los curitas franciscanos desde que les cerraron el colegio.

Yo sigo a pie firme acá en Chiloé. Está bien fea la cosa, hay mucha escases de alimentos y ha costado mantener las siembras por falta de hombres para el trabajo. A pesar de todo esto, la asamblea ha decidido seguir peleando.

El motivo de esta carta es contarle una gran batalla que ocurrió ayer, tras una invasión del enemigo de Santiago. Todavía mis ojos no creen como los vecinos se armaron y repelieron al ejército nortino. Trataré de detallar lo mejor que pueda, pero créame que la emoción me revuelve las ideas y el temor a que vuelvan a atacar, pero con una fuerza superior.

A fines de marzo, nos informaron que las fuerzas insurgentes se asomaron al Canal de Chacao.

Le recuerdo que ya habían atacado en 1820 el castillo de San Miguel de Agüi, aunque sin éxito y sabíamos que volverían. El enemigo, finalmente, desembarcó en San Carlos y tomó algunos cañones sin oposición nuestra. Así, más confiados, siguieron al sur hasta Dalcahue por la costa donde volvieron a desembarcar el 31 de marzo.

A la vez, otras fuerzas llegaron al Canal de Chacao por lo que la idea de ellos era tomar San Carlos por ambos extremos. El jefe enemigo, Beauchef, tenía como misión interferir el apoyo entre San Carlos y Castro.

Los isleños volvimos a preparar la defensa con el coronel José Rodríguez Ballesteros. Como no teníamos tantos soldados, tuvimos que pedir apoyo a los ciudadanos. Así, formamos tropas de milicias y llegamos en cantidad de mil a Mocopulli. Algunos tuvieron la suerte de recibir fusiles pero la mayoría sólo tocaron lanzas.

Hasta curitas decidieron acompañar a los nuevos soldados milicianos. Se les veía nerviosos, pero una tropa de vecinos se cuida mejor en batalla porque existe amor fraternal. Un gran refuerzo lo tuvimos de parte de cien voluntarios huilliche que vinieron desde Cucao. Se les ingresó a la infantería, y quedaron con la instrucción de atacar como vol-

teadores. Eso significa que con su bastón de luma debían rematar a los heridos del enemigo.

A las mujeres y niños se escondió en bosques y se cerraron las casas. Las cosas de valor fueron enterradas. No se dejó abastecimiento de comida, y taparon todos los pozos de agua por si las tomaba el agresor.

Por mientras avanzaban las fuerzas enemigas, nos ocultamos en un bosque cerca de Dalcahue, en el sendero que lleva a Caicumeo. Sólo contábamos con un cañón, pero estaban en nuestra tierra que conocíamos como a nuestras manos.

El jefe nortino, Beauchef, avanzó sus tropas el 1 de abril en cantidad de seiscientos, tipo once de la mañana, al sector de Mocopulli, donde les teníamos la trampa. Los esperábamos por ambos lados del camino. El enemigo, a poco andar, se relajó y empezaron a tocar música. Tipo una de la tarde siguieron su avance, sin darse cuenta que ya los teníamos a tiro de cañón.

Esperamos que se acercaran lo máximo a estas ciénagas. El agua y el barro nos pasaba las rodillas y era buen terreno para pelear. Igual, sabíamos que vendría a apoyar Pedro Téllez, capitán de compañía de soldados veteranos, desde San Carlos.

Al tener suficientemente cerca a las tropas agresoras, se ordenó el fuego del cañón. Al mismo tiempo, nuestros fusileros hicieron sus descargas. Esto barrió a las primeras filas del capitán, Guillermo Tupper. Los nortinos atacaron con su infantería, pero fueron repelidos por los milicianos a punta de lanza. Qué vergüenza para las divisiones insurgentes ser rechazados por campesinos y lugareños sin preparación ni armas. Hasta los curas empuñaron lanzas junto a sus crucifijos.

Como Tupper fue herido, Beauchef tomó su lugar y volvió al ataque. Esta vez, recibieron una nueva ráfaga de fusilería de los vecinos que se escondían en los árboles, ya que habían tenido tiempo para recargar. El cañón fue disparado, por segunda vez y con gran efectividad, provocando espantosa mortandad.

A los gritos de ¡Viva Chiloé y Viva el rey!, los milicianos arrojaban lo que tuvieran a mano. Vi a varios con hondas y boleadoras tirar piedras. Todo servía a la hora de mostrar valor.

Al retirarse la segunda ofensiva, vi a muchos milicianos heridos y muertos por el fuego de la infantería enemiga. No sé si usted conocía al vecino Mardones de la panadería. Él fue uno de los caídos. También murieron los dos hijos del viejo Suarez de la zapatería. Algunos tenían las bayonetas ensar-

tadas en sus pechos. Otros, con los ojos abiertos, conservaban una extraña sonrisa mirando al eterno cielo nublado de Chiloé.

Con la división insurgente parapetada en un bajo, comenzó una balacera de más de dos horas. El otro oficial europeo, Rondizzoni, puso a disposición su batallón número 7, pero no fueron capaces de doblegarnos.

En una gesta sin igual, soldados, milicianos, curas, oficiales y huilliches vencimos a las divisiones de Santiago. Vergüenza infinita para el ejército insurgente que dejó trecientos muertos en los campos de Mocopulli, por un grupo de chonchos como dicen los viejos. Entre sus finados tuvieron catorce oficiales. Nosotros lamentamos también unos ciento veinte muertos, casi todos milicianos y huilliches. Cumplimos con nuestro deber y espero que no se olvide, ya que en el continente lo ocultarán.

Su ahijado que siempre le recuerda
Jacinto Rodríguez, cazadores de Chiloé
Castro, Chiloé, 2 de abril de 1824.

CANCIONES A CAUDILLOS
Y GLORIAS REALISTAS

Bandera batallón Veterano de San Carlos, Ancud.

CUECA A VICENTE BENAVIDES
(ÁNGELO GUÍÑEZ JARPA)

Recitado: Con el rey Fernando preso la cosa se puso fea, se alzaron los insurgentes, todo el reyno se balea. Se armaron los chilotes con el bravo Quintanilla y en Chillán, Los Pincheira, ay si, dieron la vida. Dieron la vida, ay si, defendiendo a la hispanidad. Viva el pueblo, el Quijote y Sancho por toda la eternidad.

Vicente Benavides
En Quirihue fue nacido
A O'Higgins y San Martín
Tuvo a fuego tupido

Luchó con milicianos
A tesón fuerte
Fiel a su rey Fernando
Hasta la muerte

Hasta la muerte
Y a Benavides
Colgaron en Santiago
Jamás se olvide

Rosario mutilado
No fue domado.

VALS A LA BATALLA DE MOCOPULLI
(ÁNGELO GUÍÑEZ JARPA)

El uno de abril de mil ocho veinte cuatro
Llegó Jorge Beauchef a invadir a la isla
El coronel Rodríguez armó a los isleños
Que a todo Mocopulli convirtió en un altar

Tuvieron que volverse llevando la derrota
Juntos por la isla fueron a luchar
No pondrán sus rejas las logias de Santiago
Quintanilla dijo a Thomas Cochrane
"Esto es del rey, milord"

A cañones defendieron las creencias, las raíces
La milicia fue gallarda repeliendo al opresor
Los vecinos se armaron para proteger al reyno
Homenaje al fiel chilote, bastión último español.

CUECA A ANTONIO DE QUINTANILLA Y SANTIAGO
(ÁNGELO GUÍÑEZ JARPA)

Recitado: Llegó desde España de comerciante a Concepción. Ahí lo encontró lo guerra y como valiente se alistó. Le ordenaron defender la isla pero antes les consultó. Luchar costará muchas vidas pero ¿no lo vamos a intentar? ¡Viva el rey y su fiel Chiloé! No los voy a abandonar.

Antonio e´ Quintanilla, el gobernador
Chilote adoptivo, un cid campeador

Luchó en Mocopulli, fue nuestra gloria
Caudillo de chilotes, en la victoria

Rodríguez Ballesteros, fue su Sancho fiel
Drama en Bellavista, la miel por la hiel

Honró la madre patria, la fe por su Dios
El desleal patriota, forzó su adiós

La isla le bendice, sus cicatrices.

¡SUREÑOS A LAS ARMAS!
(ÁNGELO GUÍÑEZ JARPA)

No eran de España, fueron sureños, los que lucharon por el rey

Contó la historia el que ganó y a su antojo nos mintió
Hizo de héroes al bando traidor
Sólo oficiales y un par de regimientos eran de España y otros de Lima
Para reforzar a la tropa del sur

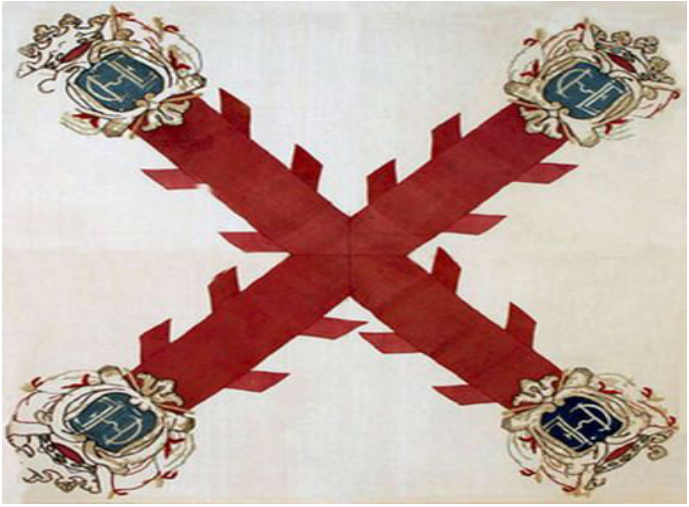
Los mapuches también lucharon unidos a los realistas
Eso tampoco lo sabías, ya lo sé
Sabían que con la independencia perderían todas sus tierras
Por eso pelearon fieros por el rey

No eran de España, fueron sureños, los que lucharon por el rey

La hispanidad, su religión, la tierra y tradición
Supieron los chilotes siempre defender, con Quintanilla como su líder
Defendieron bravos a la isla hasta 1826

En 1818 no hubo independencia hasta el 32 dieron batalla
Benavides y los Pincheira por Chillán, este suelo no ha olvidado a Sánchez, Ferrebú y
Ordoñez y a nuestros ancestros que murieron con honor

No eran de España, fueron sureños, los que lucharon por el rey



VOCABULARIO

- Que le hacen un par de pulgas más a un quiltro: Dícese de quien ya tiene demasiados problemas.
- Caían los patos asados: Hace referencia a un gran calor.
- Paleteados: Dícese de personas muy bondadosas y caritativas.
- Arrancaron con los tarros: Que desestimaron la opinión general.
- Revolver el gallinero: Dícese de quien desordena un ambiente.
- La carga de la burra: Juego de naipes.
- El tontito: juego de naipes.
- Mejorarse de guagua: Se dice de dar a luz.
- Casi se hizo angelito: De dice del niño que fallece a poco de nacido.
- Asujetar: Sujetar.
- Gancho: Amigo o colega.
- Mollera: Dícese de la cabeza.
- Pata: Dícese de una pierna.
- Saque la cresta: Dícese de dar una paliza.
- Cabro chico: Dícese de un niño.
- Pa´l gato: Dícese de estar muy mal.

- Picados: Se puede usar como envidiosos.
- Lo que sabe el diablo por viejo: Referencia a la sabiduría que otorga la edad.
- Chapaleles: Pan hecho de papa, tradicional de Chiloé.
- Comer en el mismo ollón: Dícese de compartir miseria.
- Se nos venía la noche: Referencia a un mal augurio.
- De que jabón sale espuma: Dícese de quien fanfarronea.
- Con lo puesto: Dícese de quien apenas tiene lo que viste.
- Color de hormiga: Referente a mala situación.
- Fiestoca: Dícese de una fiesta con escándalo.
- Cucharón: Dícese del corazón.
- Taita: Dícese del padre.
- Sordo de una paila: Sordo de una oreja.
- Collerear: Dícese de competir.
- Cojinoa: Dícese de alguien cojo.
- Tiro por la culata: Referente a que no funcione algo asegurado.
- Huainas: Dícese de los hijos.
- Papeo: Dícese de la comida.

- Guenas: Buenas.
- Caracho: Dícese de la cara o rostro.
- Vivarachos: Dícese de los oportunistas.
- Pebre cuchareado: Referencia a hacer pedazos.
- Se le paró la pluma: Referencia a que apareció su carácter bravo de indígena.
- Huascasos: Golpes de lazos a los caballos.
- Jutre: Referencia de Futre. Dueño de tierras o patrón.
- Ñata: Dícese de la nariz.
- Ajuera: Afuera.
- En la mar se hace el pescado: Referencia de que la experiencia hace al oficio.
- Tunda: Golpiza.
- Les quedaba como pintado: Referencia a lo ceñido.
- Pingo: Dícese de los caballos.
- Boca de lobo: Dícese de lo muy oscuro.
- Menta´o: Nombrado.
- Chiquiñiño: Niño.
- Embromado: Mal de salud.
- Majar: Golpear.
- Choncho: Forma despectiva de referirse a indígenas.

- Alenta´o: De buen ánimo.
- Priva´o: Enojado.
- Averiar: Lesionar.

"Bienvenido sea cuanto esfuerzo se sume a esta tarea piadosa. La Comunión Tradicionalista, adelantada de la herencia hispánica, junto con su brazo cultural el Consejo Felipe II, saludan pues gozosos el surgimiento de unos estudios que siempre han impulsado y que hoy comienzan a cubrir todo el mundo hispánico".

Miguel Ayuso Torres

Jurista y filósofo del derecho español, catedrático de Ciencia Política y Derecho Constitucional en la Universidad Pontificia Comillas y presidente de la Unión Internacional de Juristas Católicos entre 2009 y 2019.

"Los relatos de Guíñez, por el contrario, establecen una operación inversa en la que los otrora asesinos, villanos y antihéroes monarquistas adquieren una dimensión positiva, al ser representados como sujetos de carne y hueso".

Manuel Ramírez Espíndola

Universidad Católica de la Santísima Concepción, Chile

"El mérito de esta obra es ahondar en las almas, en los sentimientos ocultados de estos bravos realistas, sometidos por los vencedores y tirados bajo la alfombra de una historia inventada, y cuyos recuerdos son el verdadero testimonio de lo que nos pasó en estas tierras. Que este libro nos ayude a entender mejor el origen de nuestros males y sirva para sentar un entendimiento entre los pueblos hijos de la Madre Patria".

Patricio Lons

Docente, periodista y columnista en numerosos programas de televisión, articulista y conferencista dedicado a la historia y director del portal de historia patriciolons.com.

"en 13 capítulos, asociados cada uno a una carta dirigida por los milicianos realistas a sus querencias –progenitores, hermanos, abuelos, esposas, padrinos, amistades y hasta a desconocidos- contando las vicisitudes de la guerra, desde la toma de Talcahuano (1813) a la victoria española en Mocopulli (1824), la última de cierta magnitud antes del apagamiento de la resistencia fidelista en Chiloé, todo mediante una prosa limpia, bien articulada, risueña y atrapante".

Eduardo Téllez Lúgaro

Facultad de Filosofía y Humanidad. Universidad de Chile.

Ediciones Sur de Chile

9 789563 989328